

LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA, EL A-DIOS DE CERVANTES

LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA, THE «GOD-BYE» OF CERVANTES

MARÍA ISABEL BARBEITO CARNEIRO
Instituto de Estudios Madrileños (CSIC)
barcajois@hotmail.com

RECIBIDO/RECEIVED: 22-03-2018

ACEPTADO/ACCEPTED: 19-05-2018

RESUMEN:

Los trabajos de Persiles y Sigismunda constituye el «a-Dios» de Cervantes, por cuanto es su obra póstuma. Concluida días antes de su muerte (22-IV-1616), esta novela bizantina se publicó en 1617. El acercamiento a la misma, pretende fundamentalmente evidenciar la religiosidad del insigne autor —terciario franciscano—, que reconoce a Dios en el centro del alma. Obra modélica de la Contrarreforma, es una alegoría del peregrinaje humano en busca de la perfección gradual sucesiva (cadena del ser). Su simetría dual, propia del barroco, presenta dos mundos dispares: en la primera parte, el nórdico; en la segunda, el meridional, ejemplificando un itinerario de lo bárbaro a lo sublime. Los diversos episodios se agrupan también simétricamente en cuatro libros, ensamblados de forma indisoluble. La tipología humana mostrada en más de cien personajes, ofrece múltiples perfiles tratados con una evidente paridad genérica. Abundan las uniones matrimoniales, aun cuando hay personajes que asumen papeles individuales, dentro del variado peregrinar a que irremisiblemente está abocado el *viator*. La pareja humana paradigma de amor sublimado, la representan Periandro (Persiles) y Auristela (Sigismunda). El final precipitado deja un sabor agrídulce, que mueve a pensar cuánto le quedó por decir al novelista moribundo...

PALABRAS CLAVE: Auristela, Periandro, Contrarreforma, peregrinación, Roma.

ABSTRACT:

This article deals with the posthumous work of Miguel de Cervantes Saavedra, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. We try to demonstrate religiosity of this distinguished author, who belonged to the Third Franciscan Order, throughout this Byzantine novel. Besides other beliefs, Cervantes insists on the idea that God is at the center of the soul. The *Persiles* is a work of the period of the Counter-Reformation. In terms of its structure, it is a Spanish Baroque novel. As such, it shows a dual symmetry. It comprises four books. The first and second happen in Nordic Europe and the third and fourth in Southern Europe. Regarding its content, it is an allegory of the human

pilgrimage in search of gradual perfection. The main protagonists are Persiles and Sigismunda, who make their pilgrimage to Rome incognito with the names of Periandro and Auristela. This couple constitutes a paradigma of sublimated love.

KEYWORDS: Miguel de Cervantes, Auristela, Periandro, Counter-Reformation, pilgrimage, Rome.

Para citar este artículo/Citation: BARBEITO CARNEIRO, María Isabel. «*Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, el “a-Dios” de Cervantes». *Archivo Ibero-Americano* 77, nº 285 (2017): 483-541.

1. INTRODUCCIÓN

«Dichosos los que encuentran en ti su fuerza
al preparar su peregrinación» (Salmo 83).

La obra que cerraría el ciclo vital de Miguel de Cervantes Saavedra, había comenzado a gestarse muchos años atrás. Fue su criatura mimada, a la que contemplaba e iba haciendo crecer, con el propósito de dotarla de cuantos elementos pudieran hacerla más bella, más perfecta. Así fue pasando el tiempo; cuando, de pronto, comprendió que era necesario prepararla para la imprenta, porque la muerte podía dejarla inconclusa. El capítulo catorce del cuarto libro evidencia esa precipitación final. Pero, si el dos de abril de 1616 había conseguido profesar como terciario franciscano, el diecinueve saca fuerzas de flaqueza y consigue escribir la Dedicatoria al Conde de Lemos («puesto ya el pie en el estribo»¹), dejando para la posteridad la novela tantas veces prometida. De hecho, al año siguiente del «a-Dios» de su creador, en Madrid, Juan de la Cuesta imprime *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda*, obra póstuma del más insigne escritor español.

El milagro de Cervantes consiste en que, tentado por las letras desde que tenía veinte años, habiendo entrado muy joven en contacto con Italia, habiendo estado mezclado en el movimiento literario español desde su regreso de Argel (1580),

1 «Puesto ya el pie en el estribo, / con las ansias de la muerte, / gran señor, ésta te escribo».- D. Pedro Fernández de Castro, VII Conde de Lemos, casado con Catalina de la Cerda y Sandoval (hija del Duque de Lerma), es un personaje muy vinculado al franciscanismo. Ambos cónyuges fundaron el Monasterio de Franciscanas Descalzas de Santa Clara, de Monforte de Lemos, donde profesó Catalina al quedar viuda, y no cejó hasta obtener un permiso eclesiástico para que ella y su esposo pudieran enterrarse juntos en dicho Convento. Así reza el epitafio que mandó grabar: «A mayor gloria de Dios todopoderoso, para perpetua memoria, Pedro y Catalina, marido y mujer, tan queridos que aún ahora los alienta una misma alma.» (En Isabel BARBEITO CARNEIRO, *Mujeres del Madrid Barroco, Voces testimoniales* (Madrid: horas y Horas, 1992), 44-47).

haya esperado [a] sus cincuenta años para escribir novelas, haya concebido el *Quijote* al acercarse a los sesenta y haya firmado en su lecho de muerte la dedicatoria del *Persiles*, el libro en que ponía sus más grandes esperanzas, al mismo tiempo que volvía a las preferencias de los maestros de su juventud. Su obra sólo es inteligible si se ve en ella un fruto tardío, madurado a lo largo de una vida aventurera y difícil, pero fecundado en el otoño del Renacimiento español [...].²

Efectivamente, su vida se vio envuelta en diversas y sucesivas luchas; pero logró vencer en el mundo de la Literatura, y cabe pensar que también en el sobrenatural, concluyendo su peregrinaje el 22 de abril de 1616. ¿Fue mera casualidad, que esta obra de indudable contenido trascendente, se cerrara con el «a-Dios» forzoso del autor al llegar a Roma, «el cielo de la tierra».

1.1. Lutero, Trento y la Contrarreforma

El triunfo de Martín Lutero puede atribuirse en buena parte a la existencia de la imprenta, que difundió profusamente sus obras, incluidas *Las 95 tesis contra las indulgencias*, dadas a conocer por el rebelde agustino el 31 de octubre de 1517. Su permanente desafío frente a un contrincante poderoso, como era el Papa, lo abocaría a ser excomulgado definitivamente con fecha 3 de enero de 1521, mediante la bula *Decet Romanum Pontificem*.³

Las consecuencias de esta ruptura, no sólo afectaron de modo convulsivo a la Religión, sino también a la cultura, inmersa por entonces en un humanismo que bien hubiera podido conciliarse con la Reforma pretendida por pensadores de la talla de Erasmo, conformes inicialmente con parte de los principios luteranos. De ahí los recelos suscitados dentro de la Iglesia institucionalizada.⁴

En Europa van apareciendo los primeros *Índices* o mejor los primeros catálogos de libros que en lo sucesivo los católicos no podían leer sin exponerse al peligro de perder la fe y de incurrir en manos de la Inquisición. Existen catálogos de libros prohibidos desde 1524 [...]. La Sorbona publicó su primer catálogo en 1544, y en 1546 y 1550 aparecieron los de la Facultad de Teología y de la Universidad

2 Marcel BATAILLON, *Erasmo y España* (México: Fondo de Cultura Económica, 1966), 777-778.

3 Véase la introducción de Teófanos EGIDO, ed., *Lutero. Obras* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1977).

4 Con anterioridad a la subida al trono de Felipe II (1556), la espiritualidad que irradiaba España en todas sus manifestaciones religioso-culturales ofrecía espacios mucho más abiertos. No fueron ajenos a estos logros dos grandes protagonistas y artífices de la primera mitad del siglo XVI: el Cardenal Fr. Francisco Jiménez de Cisneros (1436-1517) y el Emperador Carlos V (1500-1558).

de Lovaina. Este último pasó a España con algunos retoques, hasta que en 1559 apareció el del inquisidor Valdés [...].»⁵

Aún se encontraba en elaboración el *Index Tridentinus*, cuando fue fijada la clausura del Concilio para el 4 de diciembre de 1563. La comisión encargada lo tenía concluido prácticamente, «pero no había tiempo de juzgar o aprobar el fruto en el aula conciliar». Como mejor solución, se optó por presentar al Papa el trabajo hasta entonces realizado, con el fin de examinarlo y, si lo consideraba conveniente, proceder a su publicación.

Este es el sentido del decreto sobre el Índice promulgado en la sesión xxv y última del concilio. Clausurado el concilio, el papa no olvidó el encargo. Él mismo leyó los trabajos, se lo entregó a otra comisión de prelados para la última revisión y finalmente con la Bula del 24 de marzo de 1564 promulgó el *Index librorum prohibitorum*, que aquel mismo año salió a la luz pública en Roma. Este es el famoso *Index tridentinus*, publicado por Pío IV, pero fruto maduro de las fatigas de los padres reunidos en Trento. [...] El *Index tridentinus* ha tenido mucha fortuna. En 1571 S. Pío V establecía en Roma la S. Congregación del Index para vigilar y examinar las nuevas publicaciones. Ha tenido fuerza de ley hasta fines del siglo XIX [...].⁶

No ofrece dudas la relevante participación de España en el Concilio; de ahí que, concluido el mismo, mereciera ser considerada «campeona de la ortodoxia tridentina.»⁷

Los recelos suscitados entre católicos y protestantes fueron sembrando de sospechas injustificadas las distintas prácticas espirituales, cuya poda supondría años en barbecho. «La situación es muy complicada durante la Contrarreforma. Para el católico, abandonar la envoltura dogmática suponía quedarse sin religión.»⁸ Pero las

5 Daniel DE PABLO MAROTO, «El índice de libros prohibidos en el Concilio de Trento», *Revista Española de Teología* 36 (1976): 42. La magnífica labor editorial divulgativa de Cisneros había logrado poner en contacto la espiritualidad española con la italiana, con la de los Países Bajos y con algunos de los más importantes autores de la tradición cristiana. Lástima que la producción de esa siembra espiritual se viera obstaculizada por la reacción antimística de la Contrarreforma, cuyo máximo exponente está representado precisamente por el Índice de 1559, de Fernando de Valdés.

6 Como hace ver Daniel de Pablo Maroto, si bien no cabe atribuir la autoría del Índice al Concilio, «el Índice de Pío IV bien puede llamarse el *Index Tridentinus*, porque fue Trento quien le dio vida y prestigio.» (DE PABLO MAROTO, «El índice de libros prohibidos», 62-64).

7 BATAILLON, *Erasmus y España...*, 499.

8 Américo CASTRO, *El pensamiento de Cervantes* (Madrid: Editorial Hernando, 1925), 247. Felipe II (1556-1598) asume el caudillaje de la Contrarreforma en España y se encarga de hacer cumplir

semillas soterradas emergieron, y en los mejores logros de la Contrarreforma es fácil rastrear las raíces cisnerianas secundadas por Carlos V.

Seguía existiendo «una espiritualidad común, que es el retorno del hombre a la unión con Dios, y unas veredas o vías nuevas de devoción y consolación para alcanzarla». Melquiades Andrés enumera ocho, entre ellas:

- La vía de considerar los beneficios recibidos de Dios y agradecerse los por amor. Surge entre los franciscanos al lado de los alumbrados. Es empleada por recogidos, por dejados, y en general por todos los cristianos. Juan de Cazalla la propone como vía segura, suficiente y completa. Ella abarca la consideración de todos los beneficios divinos.
- La vía del erasmismo, traída a España por la corte del Emperador Carlos V, que parte del bautismo como profesión u opción definitiva, y del estudio del Evangelio de San Pablo y de los primeros Santos Padres, en especial de los alejandrinos, para transformarnos en Cristo en un clima de paz interior, sin exigencias ascéticas ni ruido de obras. Erasmo insiste más en el estudio que en la oración.⁹

1.2. Origen y evolución de la novela bizantina

Menéndez Pelayo considera la novela griega como «última degeneración de la epopeya».¹⁰ Precisamente, este género alcanzó el máximo desarrollo en la época bizantina de decadencia griega; de ahí su denominación. Quizás uno de los aspectos que mejor la distingue de la epopeya, es la presencia del amor –sensual o sublimado– como principal fuente de inspiración. «Cuando nace la novela propiamente dicha, ésta no es más que una transposición en prosa de los relatos de la épica alejandrina, revestidos de un gusto y de una sensibilidad nuevas.»¹¹ Antonio Vilanova, en su ya clásico y enjundioso artículo, observa que *Las Efesiacas*, de Jenofonte de

los preceptos tridentinos. Intenta por todos los medios erradicar la herejía. Las medidas de 1558-1559, que prohibieron a los españoles realizar estudios fuera de la península, cortaron el suministro de libros extranjeros y aumentaron las restricciones sobre los escritos teológicos y devocionales. La Pragmática de 1558 perdura hasta las Cortes de Cádiz. El primer instrumento de censura gubernamental había sido la Pragmática de 1502. De 1559 es el Índice de libros prohibidos, ya citado, del Inquisidor Fernando de Valdés.

⁹ Melquiades ANDRÉS MARTÍN, *Los Recogidos. Nueva visión de la Mística española (1500-1700)* (Madrid: Fundación Universitaria Española, 1976), 30, 32.

¹⁰ Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, *Orígenes de la novela* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), 1962), 1:10.

¹¹ Antonio VILANOVA, «El peregrino andante en el “Persiles” de Cervantes», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona* 22 (1949): 120.

Éfeso (siglo II, d.C.), quizás sea la novela de aventuras donde por primera vez la peregrinación amorosa de una pareja adquiere sentido trascendente.

Las Efesiacas nos dan el esquema inalterable de la novela bizantina de los siglos posteriores, basado en la historia de dos enamorados modelos de belleza y de virtud, perseguidos por la adversidad de la Fortuna [...]. Emprenden una navegación que les lleva a caer en manos de unos piratas y, separados por la adversidad, vagan errantes sufriendo trabajos y fortunas a través de una verdadera selva de aventuras. [...] Lo realmente importante de la obra es el carácter de los protagonistas, que no aparecen ya como víctimas inertes frente al destino, sino que luchan contra la adversidad gracias a una profunda fuerza moral. [...] *Las Efesiacas* proporcionan el modelo ejemplar a la novela bizantina de Heliodoro y Aquiles Tacio.¹²

Por tanto, el origen de la novela bizantina, que renace en Europa hacia mediados del siglo XVI, con plena aceptación por parte de los erasmistas, se encuentra en estas novelas griegas; siendo determinante para su resurgimiento la *Historia Etiópica*, de Heliodoro. Un manuscrito de la misma, descubierto en la Biblioteca de Matías Corvino, decidió su publicación en Basilea (1534). A dicha edición, seguirían una larga serie de traducciones a distintas lenguas modernas.

1.2.1. La novela bizantina en España

Fue acogida por consenso general, al reunir cualidades de las que carecía la literatura caballeresca. A pesar del olvido a que se la sometió durante largo tiempo, su difusión en España fue incluso superior al resto de Europa; siendo en el siglo XVII cuando alcanzó mayor éxito. No obstante, su evolución ya sugiere las denominaciones de novela amorosa de aventuras, de peregrinaje... y, en cualquier caso, de «entretenimiento», bajo la interpretación del tópico horaciano *prodesse et delectare*.

Tanto Torcuato Tasso (1544-1595) como Alonso López (1547-1627), más conocido por «el Pinciano», consideran a la novela bizantina como una variedad en prosa de la épica, o epopeya en prosa, valoración que obviamente ha de aplicarse al *Persiles*. «No es posible tampoco comprender la fantasía barroca del *Persiles*, sin tener en cuenta el culto de lo maravilloso verosímil propugnado por el Tasso en torno a la epopeya amorosa.»¹³

El *Teágenes y Cariclea* (o *Historia Etiópica*), de Heliodoro, se erigió en obra modélica. La *Histoire Aethiopique d'Heliodorus*, del traductor francés Jacques

12 VILANOVA, «El peregrino», 122.

13 *Ibidem*, 127.

Amyot, fue objeto de la primera traducción española (anónima), editada en Amberes en 1554.¹⁴ Treinta y pocos años después, sale a la luz otra versión: Heliodoro, Obispo de Tricca: *La historia de los dos leales amantes Theagenes y Chariclea. Trasladata... de Latín en Romance, por Fernando de Mena, vezino de Toledo*. Alcalá de Henares, Juan Gracián, 1587.¹⁵ Baste decir que fue acogida favorablemente por Quevedo...

Entre otros eruditos que alaban las excelencias de la *Historia etiópica*, Agustín González de Amezúa explica su aceptación en los siguientes términos:

La novela de Heliodoro significa la exaltación y acatamiento de dos valores humanos triunfantes del todo en aquel Siglo de Oro español: de un lado el amor a la aventura, a lo desconocido y maravilloso; y de otro un idealismo latente, la aspiración hacia un mundo idílico, con el culto de las virtudes y sentimientos más nobles del hombre: la constancia en el amor, su pureza, el espíritu de abnegación y de sacrificio, la fidelidad a las propias ideas, la correspondencia entre ellas y la conducta, que hace de los protagonistas de la Historia etiópica de Heliodoro admirables prototipos de caracteres humanos.¹⁶

Antonio Vilanova, a su vez, expone otras razones acordes con las redes de creencias predominantes, por cuanto el *Teágenes y Cariclea*,

en torno al simbolismo bíblico de la peregrinación de la vida humana, propone una norma de conducta moral a la vez cristiana y estoica. Su culto de la piedad, la prudencia y la virtud; su exaltación de la castidad amorosa; su análisis de la pasión espiritual, su afición al patetismo; su idealización de la belleza en contraste con su atracción sensual que presenta como una continua provocación [...].¹⁷

En España surgieron inmediatamente numerosas émulas, entre las cuales, la *Historia de los amores de Clareo y Florisea*, de Alonso Núñez de Reinoso, es la que parece haber tenido una singular influencia en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Su lectura bien pudo servir de inspiración a Cervantes para que la pareja protagonista se hiciera pasar por hermanos; y para asemejar las pretensiones de Arnaldo respecto a Auristela, con las de Menelao en cuanto a Leucipe.

14 Véase BATAILLON, *Erasmus y España...*, 621.

15 La incluye Julián MARTÍN ABAD, en *La Imprenta en Alcalá de Henares (1502-1600)* (Madrid: Arco/Libros, 1991), 3:995.

16 Agustín GONZÁLEZ DE AMEZÚA, *Cervantes creador de la novela corta española* (Madrid: CSIC, 1956), 1:409-410.

17 VILANOVA, «El peregrino», 123.

A su vez, Lope de Vega, que calificaba a Heliodoro de «poeta divino», escribiría *El peregrino en su Patria*; sin conseguir ponerse a la altura de Cervantes.

Emilio Carilla enumera las características esenciales de este tipo de novelas, detectables todas ellas en el *Persiles*:

- Preponderancia de aventuras sobre un paisaje cambiante, paisaje dentro del cual suele ocupar parte importante el mar. Con su secuela de naufragios, raptos, piratas, etc. Con separaciones, encuentros, reconocimientos, equívocos...
- Eje amoroso, vinculado a los protagonistas, y puesto a prueba por esas separaciones y desencuentros.
- Abundancia de personajes episódicos; movimiento inusitado.
- Sueños y visiones (y presencia circunstancial de la magia).
- Relato «in media res»: vale decir, comienzo por un episodio avanzado, para ir descubriendo después la iniciación y el encadenamiento.
- Fondo moral, con respaldo de sentencias y discursos. Elementos religiosos.
- Verosimilitud.
- Final venturoso; paz, premio, como compensación a tantas peripecias («trabajos») pasadas.¹⁸

Ningún otro subgénero literario respondía mejor al propósito cervantino de escribir una obra idealista, que le permitiera presentar la complejidad de la existencia humana en su episódico peregrinar. Y, merced a su genialidad, escribirá «la última novela del viejo género de tipo griego y la primera de aventuras moderna».¹⁹

1.3. La religiosidad del autor del *Persiles*, terciario franciscano

Francisco de Urbina,²⁰ dedica la décima que encabeza los preliminares de la edición príncipe del *Persiles*, en los siguientes términos:

A Miguel de Cervantes, insigne y cristiano ingenio de nuestros tiempos, a quien llevaron los Terceros de San Francisco a enterrar con la cara descubierta, como a Tercero que era.

¹⁸ Emilio CARILLA, «La novela bizantina en España», *Revista de Filología Española* 49 (1966): 285-286.

¹⁹ Isabel LOZANO-RENIÉBLAS, *Cervantes y el mundo del «Persiles»* (Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1998), 189.

²⁰ Hijo del Regidor Diego de Urbina, primo político de los Cervantes Cortinas, era cuñado de Lope de Vega.

En efecto, Miguel de Cervantes era hermano de la Venerable Orden Tercera (VOT), según consta en los libros originales que conserva el archivo de la referida Orden, donde se dice que «en dos de abril de mil seiscientos diez y seis profesó en su casa por estar enfermo, el hermano Miguel de Cervantes, en la calle de León, en casa de D. Francisco Martínez, clérigo, hermano de la Orden».²¹

Varios autores, Fernández de Navarrete entre otros, dicen que Cervantes tomó el hábito en Alcalá el 2 de julio de 1613, pero no aportan documento alguno que lo corrobore. Barros Campos, basándose en la Regla de la VOT, cuya aplicación era muy rigurosa, expone:

Si tomó el hábito en julio de 1613 y hace la Profesión en abril de 1616, tuvo casi tres años de noviciado. El noviciado era de un año, que sólo podría modificarse por causas muy extraordinarias, como sería el peligro de muerte. En tal caso, se acortaría el año. Esto es posible que pasara con Andrea de Cervantes, que murió a los cuatro meses de noviciado. Pero en Miguel se prolongaría el noviciado sin causa justificada. No está en peligro de muerte; desde 1613 escribe y publica la mayoría de sus grandes obras. Es posible que haya una confusión de imprenta, de amanuense, de paleógrafo o simplemente de grafía. Se escribió mal el 5 de 1615 y resultó 1613. Es posible que Cervantes tomara el hábito el 2 de julio de 1615 y se le admitió a la Profesión antes del año, por hallarse en peligro de muerte.²²

Con anterioridad, se tiene noticia de una adscripción al Oratorio del Santo Cristo del Olivar,²³ cuya Congregación de los *Indignos Esclavos del Santísimo Sacramento* fue fundada en 1608. Las primeras constituciones se aprobaron el 23 de marzo de 1610.

La partida de Cervantes que es la segunda al fol. 12 v. dice así: Recibióse en esta santa hermandad por esclavo del Santísimo Sacramento a Miguel de Cervantes, y dijo que guardaría sus santas constituciones y lo firmó en Madrid a 17 de abril de 1609: Esclavo del Santísimo Sacramento.²⁴

Así mismo, pertenecían a la VOT, su mujer –Catalina–, y sus hermanas Andrea y Magdalena. Catalina y Andrea tomaron el hábito con fecha 8 de junio de 1609.

21 Cito por José BARROS CAMPOS, *Arganda del Rey, cuna de Miguel de Cervantes* (Arganda del Rey: Ayuntamiento, 2016), 294.

22 BARROS CAMPOS, *Arganda del Rey...*, 295.

23 Ubicado inicialmente en la calle del Olivar, se encuentra ahora en la de Cañizares, del Distrito Centro de Madrid.

24 Cito por BARROS CAMPOS, *Arganda del Rey...*, 291.

De Magdalena de Cervantes, también terciaria franciscana, aun cuando no se localizaron las partidas de la toma de hábito ni de la profesión, en el *Libro de Difuntos* de la Iglesia Parroquial de San Sebastián, consta cómo «En 28 de henero de 1611 años murió doña Magdalena de Jesús, hermana de Cervantes. [...]. Era pobre [...], la hicieron enterrar los hermanos tercerones de San Francisco en 12 reales.»²⁵

Barros Campos, en su artículo titulado «Cervantes, escritor de la Contrarreforma española», resalta un testimonio inequívoco para acreditar la religiosidad del autor del *Persiles*:

Los cristianos contemporáneos de Cervantes, que caían cautivos, si al llegar a Argel renegaban de su fe cristiana, quedaban libres. Así lo hicieron: Dali Mamí, amo de Cervantes, que era cristiano renegado griego; Arnaut Mamí, era cristiano renegado albanés; Uchali Fartax, en lengua turca significa «renegado tiñoso». El bey o rey de Argel, Azán Bajá, último dueño de Cervantes, era renegado veneciano. [...] ¿Por qué no renegaron los dos Cervantes Cortinas, ni Luis de Molina, yerno de Miguel? Porque recibieron una muy profunda educación religiosa [...]. Los dos Cervantes Cortinas alcalaínos, nacidos en 1547 y en 1550, respectivamente, eran niños de catequesis durante la celebración del Concilio de Trento, desde 1545 a 1563.²⁶

Resulta evidente que la fe cristiana de Cervantes puede detectarse desde su juventud; si bien a través de la creación literaria se observa un progresivo avance espiritual, que parece un tanto simplista atribuirlo únicamente a su adecuación a la Contrarreforma. Hay algo más, sin duda.

Según concluye Jaime Garau en su artículo «A vueltas con la ortodoxia cervantina en el *Persiles*»:

Cervantes se muestra en sus textos como un autor plenamente ortodoxo [...]. Su defensa del dogma tridentino, su adecuación a las recomendaciones catequéticas de su tiempo y su desarrollo sostenido a lo largo de la que él consideraba su mejor obra, determinan que debemos seguir leyéndola como una novela en la que se asumen los presupuestos religiosos característicos de la España defensora de la fe

²⁵ Archivo de la Iglesia Parroquial de San Sebastián, *Libro de Difuntos de 1609-ss*, fol. 99. Cito por BARROS CAMPOS, *Arganda del Rey...*, 293. Para mayor información, véanse también 291-292.

²⁶ José BARROS CAMPOS, «Cervantes, escritor de la Contrarreforma española», *Anales Complutenses* 26 (2014): 51.

católica, en la que transcurrió buena parte de su vida, al tiempo que refleja aspectos importantes de la religiosidad en Cervantes [...].²⁷

Francisco Garrote Pérez, en un concienzudo análisis de la personalidad cervantina, hace ver cómo «la causa del desorden en el mundo es para Cervantes el demonio. Estamos, por tanto, dentro de un campo netamente ortodoxo».²⁸ Pero, a su vez, considera que «la doctrina expuesta por Cervantes es revolucionaria. Aniquila la rigidez existente entre las clases sociales y, a través de la doctrina postridentina, intenta dar un mensaje humanístico-religioso, el cual resultaba un tanto utópico en aquella época.»²⁹

Es obvio que, como bien supo ver Américo Castro, «Cervantes siente hondamente el valor de las virtudes cristianas, en cuanto amor y comprensión del prójimo. Su cristianismo se basa más en la conducta que en las aparentes ceremonias. La caridad y el perdón de las injurias mueven su pluma con expresiva elocuencia».³⁰

En cuanto a Lutero, Cervantes se le opone en algo tan fundamental como es la importancia de las obras, «recogida por el tomismo escolástico y puesta en primer plano por Trento, que al tratar de la justificación, exigía las obras buenas».³¹

Identificado con la esencia del Cristianismo, tras el antecedente próximo de *La española inglesa* (Vs. ap. 3.1.), en el *Persiles* vuelve a proponer el amor de agapé para la pareja humana, como máximo vínculo de perfeccionamiento, asimilable a una sublimación mística.

El último peldaño subido por Cervantes en la evolución de su pensamiento sobre el amor, es un punto clave para entender muchos pasajes de su obra, Se ha dicho que tratar del amor, como lo hace Cervantes en no pocas ocasiones, se debe a la presión del ambiente religioso y moral de la Contrarreforma. Lo único que me atrevería a afirmar es que, si lo hace así, es por evolución sincera de su pensamiento y por una convicción de su fe. [...] Sería necesario un estudio más profundo para buscar las raíces del amor cervantino. ¿Sería de origen cristiano-humanista? ¿O

27 Jaume GARAU, «A vueltas con la ortodoxia cervantina en el Persiles», en *El Parnaso de Cervantes y otros parnasos*, eds. Abraham MADROÑAL y Carlos MATA INDURÁIN (New York: Idea, 2017), 31.

28 FRANCISCO GARROTE PÉREZ, *La naturaleza en el pensamiento de Cervantes* (Salamanca: Ediciones Universidad, 1979), 27.

29 *Ibidem*, 106.

30 CASTRO, *El pensamiento...*, 307.

31 GARROTE PÉREZ, *La naturaleza...*, 152.

tal vez contrarreformista?, y ¿por qué no bíblico? Las hipótesis pueden ser varias. Nosotros, por todo lo que llevamos dicho, nos inclinamos por ésta última.³²

Cervantes fue un gran lector y, por ende, en cuanto a lo meramente literario, sus obras detectan las de otros autores que le sugirieron episodios, caracterizaciones de personajes, etc. Pero, además, en el trasfondo de su pensamiento subyace el de los clásicos greco-latinos, sobre todo Aristóteles –ya directamente o a través del tomismo–, y Platón –de notable influencia en San Agustín–. Es evidente, asimismo, su conocimiento de las Sagradas Escrituras...³³ Por otra parte, conviene tener en cuenta el nutriente de autores y obras espirituales como la *Teología mística*, de Hugo de Balma;³⁴ el *Tercer Abecedario*, de Francisco de Osuna;³⁵ los *Diálogos de la Conquista del Reino de Dios*, de Fr. Juan de los Ángeles,³⁶ y un largo etcétera,³⁷ que señalaban caminos trascendentes de acercamiento a Dios. Gran parte de esos autores son franciscanos, promotores de la Teología mística (afectiva), conforme al carisma de Francisco de Asís, quien, a mayor abundamiento, había fundado la Orden Tercera como uno de sus valiosos e innovadores legados:

Yo haré una regla y manera de vivir ayudado de la Divina luz, y pediré aprobación de ella al Sumo Pontífice Romano, Vicario de mi Señor Jesuchristo, según la cual, y guardándola fiel y devotamente, podréis todos, así hombres como mujeres, sin dejar vuestras haciendas, ni obligaros a las estrechuras de la Religión, ordenar vuestras vidas, perfeccionar vuestras obras y asegurar la salvación eterna de vuestras almas.³⁸

Cervantes fue uno de tantos seguidores de esa propuesta, así como de las emanadas de los teólogos místicos, en consonancia con su manera de interpretar y sentir la

32 *Ibidem*, 75 y 75, N. 201.

33 Dentro del Nuevo Testamento, es notoria la influencia paulina.

34 Traducida en 1514 por el franciscano Fr. Antonio de Ciudad Real, bajo el título de *Sol de contemplativos*. Para mayor información, remitimos a Melquiades ANDRÉS, *Los Recogidos...*, 70-76 principalmente.

35 Aunque los *Abecedarios* son seis, el más difundido fue el *Tercer Abecedario*, publicado en Toledo en 1527. Vs. «Sistema de Francisco de Osuna», en Melquiades ANDRÉS, *Los Recogidos...*, 107-167.

36 Publicada en Madrid en 1595. Vs. «Sistema de Fr. Juan de los Ángeles», en Melquiades ANDRÉS, *Los Recogidos...*, 276-310.

37 Entre este largo etcétera no hay que descartar, además de otras vidas de santos, las de algunas místicas, por las que el Cardenal Cisneros sintió singular predilección; como, por ejemplo, Ángela de Fulgino.

38 Cito por Diego ÁLVAREZ, *Chronica Seráfica dta. Provinc.^a de Castilla*, Mss., 2:fol. 106.

religiosidad. La Teología Dogmática ostenta formulaciones y dictámenes alcanzables por el intelecto humano; la Mística, no. Sin embargo, paradójicamente, al aceptar el ser humano la incapacidad de conocer por sí mismo el misterio que lo vincula a Dios, desde esa posición humilde de anonadamiento es donde percibe con mayor frecuencia atisbos de la Sabiduría divina. A Cervantes, cabe intuir que le satisfacía más la Teología Mística que la Dogmática; y, sin menoscabo de ésta, aquélla le facilitó la interiorización de su mismidad trascendente.

Como veremos más adelante, al tratar ya directamente del *Persiles*, entre otros indicios, encontramos las relevantes referencias al centro del alma, «que es Dios», y a la «cadena que tal vez llega al Cielo». (Vs. ap. 4 y 2.2.1.).

2. ACERCAMIENTO A PERSILES Y SIGISMUNDA, HISTORIA SETENTRIONAL

El *Persiles* es una obra intemporal, por cuanto el peregrinar es inherente al ser humano desde su existencia en la tierra.

2.1. Fechas de creación y publicación

El 19 de abril de 1616, como se dijo en la Introducción, Cervantes consigue escribir al VII Conde de Lemos, la Dedicatoria de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, a sabiendas de que con ella se despide de su amigo y mecenas:³⁹

Ayer me dieron la Extremaunción y hoy escribo ésta. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies a vuesa Excelencia.⁴⁰

El a-Dios que se desprende de la misma, impulsa a leer esta singular novela con una especial veneración hacia el genial artífice y maestro de nuestras letras, que no pudo concluir su creatura póstuma con los necesarios toques finales. En efecto, «puesto ya el pie en el estribo», Cervantes hubo de precipitar el final. Se supone que, debido a ello, el cuarto libro consta solamente de catorce capítulos, comprendiendo

³⁹ En la Introducción (nota al pie nº1), se hizo una somera presentación de este yerno y sobrino del Duque de Lerma.

⁴⁰ En todos los textos antiguos se actualiza la puntuación y la ortografía, excepto cuando se trata de títulos o citas muy específicas. Además, se conservan algunos giros, formas e incluso palabras, que caracterizan el lenguaje utilizado en su tiempo.

veintitrés el primero, y veintiuno los libros segundo y tercero. Gran parte de los capítulos quedaron sin título...

Los comienzos de la redacción parece que no han de fijarse con anterioridad a 1599, por un detalle sintomático como es la utilización de la obra de Plinio, traducida ese año. De ahí que, entre otros investigadores, Avalle-Arce opina que Cervantes comenzó a escribir el *Persiles* entre 1599-1600. Es obvio que se fue gestando paralelamente a otras obras de su creador. De hecho, los cervantistas en general detectan distintas etapas. Con respecto al cuarto libro, «La Española Inglesa»,⁴¹ claro antecedente en parte de su contenido, sugiere un período aproximado de 1612 a 1616, por lo bien que trata a los ingleses. Entre otros, Rafael Lapesa y Avalle-Arce deducen que la redacción no puede ser anterior al Tratado de Paz de 1604.⁴²

Es probable que, como suele ocurrir en las creaciones literarias, Cervantes cambiara el esquema inicial del proyecto preconcebido, a partir de los dos primeros libros, pues tanto el estilo como la trayectoria argumental permiten distinguir dos partes quizás vinculadas a dos etapas existenciales del autor.

En el «Prólogo al lector» de las *Novelas ejemplares*, a la vez que confiesa: «Mi edad no está ya para burlarse con la otra vida», afirma con orgullo justificado: «yo soy el primero que ha novelado en lengua castellana, que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras [...]». Y añade: «Tras ellas, si la vida no me deja, te ofrezco los *Trabajos de Persiles*, libro que se atreve a competir con Clidoro (sic, por Eliodoro)».

El avanzado estado de gestación lo pone de manifiesto su creador, en la Dedicatoria al Conde de Lemos de las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos*:⁴³ [...] *Don Quijote de la Mancha* queda calçadas las espuelas en su segunda parte para yr a besar los pies a V.E. [...] Luego yrá el gran *Persiles*, y luego *Las semanas del jardín*, y luego la segunda parte de *La Galatea*, si tanta carga pueden llevar mis ancianos ombros [...].⁴⁴

Y, nuevamente al Conde de Lemos, en la Dedicatoria de la segunda parte del Quijote, fechada en Madrid «último de octubre de mil seiscientos y quince»:

41 Incluida en las *Novelas ejemplares*, publicadas en Madrid por Juan de la Cuesta, el año 1613.

42 Véanse: Rafael LAPESA, «En torno a *La Española inglesa* y el *Persiles*», en *De la Edad Media a nuestros días* (Madrid: Editorial Gredos, 1971), 252-ss. Juan Bautista AVALLE-ARCE, «Introducción», en *Miguel de Cervantes, Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (Madrid: Castalia, 1969), 18-ss. Isabel LOZANO-RENIEBLAS, «Estudio», en *Cervantes [Saavedra], Miguel de. Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (Madrid: Real Academia Española, 2017), 443-449.

43 Publicados en Madrid el año 1615, por la viuda de Alonso Martín.

44 Miguel DE CERVANTES SAAVEDRA, *Obras dramáticas*, en *Biblioteca de Autores Españoles*, vol. 156 (Madrid: Edics. Atlas, 1962), [LXXXV].

[...] me despido, ofreciendo a Vuestra Excelencia los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, libro a quien daré fin dentro de cuatro meses, *Deo volente*; el cual ha de ser o el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento; y digo que me arrepiento de haber dicho *el más malo*, porque según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible.

2.2. Contenido y estructura

Los Trabajos de Persiles y Sigismunda son los que protagonizan ambos personajes, bajo los respectivos seudónimos de Periandro y Auristela, que utilizarán hasta gran parte del cuarto libro.⁴⁵ En el capítulo doce de este último, Serafido⁴⁶ –ayo de Persiles– expone la razón: Persiles era el hijo menor de Eustoquia, reina de la isla noruega de Tule;⁴⁷ Sigismunda, la hija mayor de Eusebia, reina de Frislanda,⁴⁸ «a unas trescientas leguas de Tule». Había sido prometida a Maximino, heredero del trono de Tule; pero el amor irresistible que despierta en Persiles, impulsa a Eustoquia a propiciar una peregrinación a Roma de éste con Sigismunda, bajo el pretexto de conocer debidamente la fe católica. Ambos mantendrán una castidad total. El proyecto se realiza aprovechando la ausencia de Maximino, que, al enterarse, sale en su búsqueda. Tanto en la zona septentrional como en la meridional, suceden aventuras de todo tipo, con intervención de numerosos personajes.

La creación del *Persiles*, como novela de aventuras bizantina, fue expresada por el autor al parangonarla con la de Heliodoro; pero, según expone Isabel Lozano-Renieblas, existe una diferencia sustancial entre los libros primero y segundo de

45 En el Libro IV, capítulos 12-14, se descubren las identidades familiares ocultas hasta entonces. En lo sucesivo, cuando se trate del *Persiles*, se citará el libro (o libros) mediante romanos y el capítulo (o capítulos) con arábigos. Aquí, por ejemplo, iv, 12-14.

46 Unido a su amo con el mismo amor filial de Cloelia por Sigismunda.

47 Gracias a la *Bibliotheca* griega, de Focio, se conserva un resumen de *Las maravillas de más allá de Tule*, de Antonio DIÓGENES (posiblemente, la más antigua de las novelas bizantinas, escrita en el siglo I a. J.C.), que enlaza con la literatura alejandrina de viajes fabulosos. Corresponde a la narración de «un viaje inverosímil alrededor del mundo hasta las tierras septentrionales y las regiones polares de la última Tule. El peregrinaje del protagonista, Dinia de Tiro, que abandona su patria deseoso de aventuras, es una sucesión de episodios amorosos, escenas de magia y descripciones fantásticas, en las que predomina el interés por las cosas sobrenaturales y por las aventuras en tierras desconocidas y exóticas.» (VILANOVA, «El peregrino», 121). Vs. tb. Ricardo BELTRÁN Y RÓZPIDE, *La pericia geográfica de Cervantes demostrada con la historia de los Trabajos de Persiles y Sigismunda* (Madrid: Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militares, 1924), 5.

48 La hija menor también se llama Eusebia, y llegará a ser reina de Dinamarca por su matrimonio con Arnaldo (Vs. ap. 3.6.). Sobre Frislanda, consúltese BELTRÁN Y RÓZPIDE, *La pericia geográfica...*, 8, 9, 22.

la primera parte, más idealistas; y el tercero y cuarto de la segunda, cuyo realismo impulsa a considerar híbrida la obra en su conjunto. Los propios espacios geográficos son determinantes.⁴⁹

Al igual que en sus *Novelas Ejemplares*, y obviamente en el Quijote, «Cervantes borra las fronteras entre lo que se entendía por historias *–lo verdadero–*, poesía *–lo verosímil–* y fábula *–lo inverosímil–*.»⁵⁰ Si bien es verdad que se inclina por lo verosímil e introduce con frecuencia lo verdadero.

En realidad, son múltiples las lecturas de esta novela de aventuras, y como tal de entretenimiento, que invita a un análisis tropológico total, desde una perspectiva alegórica de contenido moral y religioso.

Pero, como quiera que la veamos, se trata sin duda de una obra propia del Barroco, arte para el que es esencial el juego del claroscuro, cuyo contraste reviste todo un mundo de significados. Y, puesto que la oscuridad conlleva un valor negativo de malignidad, se hace imprescindible el aporte de la luz, la cual posee en sí misma toda la perfectividad propia del Bien. Consecuentemente, comienza con un marcado simbolismo de oscuridad, representado por las voces del «bárbaro Corsicurbo a la estrecha boca de una profunda mazmorra». En contraposición, irrumpe el joven rubio y luminoso (Periandro), que exclama con gozo: «Gracias os hago, ¡oh inmensos y piadosos cielos!...». (Vs. ap. 4).

Un aspecto estructural muy significativo lo constituye la simetría dual, que resalta Joaquín Casaldueiro en *Sentido y forma de «Los trabajos de Persiles y Sigismunda»*.⁵¹ Geográficamente, introduce al lector en dos zonas contrapuestas, una nórdica –libros primero y segundo– y otra meridional –libros tercero y cuarto–. Las peripecias de los distintos episodios, se agrupan a su vez simétricamente, manteniendo la dualidad. Pero algo que revela la maestría del autor es observar cómo todo ello va engastado en un fondo unitario, de modo que no es posible concebir los dos últimos libros de la segunda parte sin los dos de la primera.

Los siguientes planteamientos bien pueden responder a la intencionalidad cervantina dual y numérica, implícita en el Barroco:

Las simetrías y las correspondencias de los números básicos forman un orden ficticio que se considera sagrado. Es cierto que todas las artes provienen de Dios, y son por tanto buenas; pero la ciencia del número es superior a todas, porque la

49 Remitimos a LOZANO-RENIEBLAS, «Estudio», 449-462.

50 «Es la división aristotélica de acuerdo con el grado de relación con la verdad». Alberto BLECUA, «Introducción», en Miguel de CERVANTES, *Novelas ejemplares* (Madrid: Planeta, 1994), XIV-XV.

51 Vs.: Joaquín CASALDUERO, *Sentido y forma de «Los trabajos de Persiles y Sigismunda»* (Madrid: Editorial Gredos, 1975).

obra de la creación, el ritmo del tiempo, el calendario, los astros, están fundados en el número. Eso es lo que nos dice Agio de Corvey en sus *Versus computistici* (Poetas, IV) [...]. El número quedó consagrado como factor configurador de la Creación divina, adquiriendo una dignidad metafísica. Tal es el grandioso trasfondo de la composición numérica literaria. *Numero disposuisti*. ¡La disposición de Dios es aritmética! Entonces ¿no podía el escritor guiarse también por los números al estructurar su obra?⁵²

Algo inherente asimismo al mensaje cervantino, que parece emanar de su interpretación de la existencia humana, es la dualidad entre fantasía (o idealismo) y realidad, entre los ideales y la plasmación contrapuesta de los mismos: lo que anhelamos frente a lo que realizamos; nuestros sueños, que afloran del yo más íntimo, y las realidades a menudo prosaicas, vulgares, e incluso vergonzosas, a que nos avenimos. Esa mezcla se produce en el *Persiles*.

A lo largo de los cuatro libros, nos encontramos con 109 personajes (salvo error), algunos de los cuales intervienen a modo de cuñas secuenciales o como meras comparsas. Curiosamente, el libro primero lo protagonizan doce hombres y doce mujeres.

La amplia información recopilada por Barros Campos en su obra *Arganda del Rey, cuna de Miguel de Cervantes*, permite deducir el entorno heterogéneo de mujeres y hombres que conformaron la existencia del genial autor, la impronta con que necesariamente tuvieron que marcarle las personas próximas de ambos géneros y perfiles contrapuestos, aún dentro de los mismos roles. Así, por ejemplo, sus abuelas y hermanas. La sutil percepción de que estaba dotado le impulsaría a rechazar íntimamente los absurdos convencionalismos propios de su tiempo, opuestos a cualquier transgresión, aunque fuera de signo positivo. La objetividad y discernimiento de su preclara inteligencia le exigirían repudiar, cuando menos en su fuero interno, los falsos estereotipos, encasillamientos, prejuicios y condicionantes, que obstaculizaban –de modo primordial en las mujeres– el desarrollo de la personalidad, si se pretendía romper moldes.⁵³

52 Ernst Robert CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media Latina* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1976), 2:704-705. Curtius, refiriéndose a Melchor Cano (1509-1560), en cuanto renovador de la Teología española, hace ver cómo su «ideología es típica de una posición espiritual universal y armonizadora, que se propone aprovechar todo el patrimonio espiritual, incluyendo el del paganismo, en favor de una filosofía cristiana de la cultura; es intolerante para con los herejes y los infieles, pero nunca para con los *studia humanitatis*. Esta actitud imprimirá también su sello en la literatura del Siglo de Oro español [...]. Racine no pudo leer de niño la *Historia etiópica* de Heliodoro, considerada por sus educadores como lectura pecaminosa, mientras que Cervantes se inspiró en ella, para escribir los *Trabajos de Persiles y Sigismunda* [...]» (*Ibidem*, 769).

53 Remitimos a BARROS CAMPOS, *Arganda del Rey...*, especialmente capítulo 13.

Gran parte de los personajes irradian física y espiritualmente la belleza y armonía paradigmáticas que constituyen el ideal del autor. Otros, caen en las bajezas y ruindades a que es proclive la condición humana, arrastrada por las circunstancias. Su propia experiencia se lo ha evidenciado y, quizás por eso, tanto en su vida real como en la literaria, Cervantes manifiesta indulgencia y comprensión; no da muestras de resentimiento. En esta alegoría del peregrinaje humano, unas veces aplica la misericordia divina acorde con su cristianismo; otras, el tópico literario de la justicia poética. Incluso, en ocasiones, parece adjudicarse veladamente el papel de demiurgo y trata a los personajes como quisiera que fueran tratados.

Lo que sí resulta evidente es que «nunca deposita la verdad en un único personaje, sino que los hace portadores parciales de su visión del mundo, de la literatura, de la moral y en definitiva, de la vida [...]. No hay ningún personaje que represente en su totalidad el pensamiento de Cervantes.»⁵⁴

2.2.1. *El ser humano integrado en la naturaleza*

La naturaleza, en todas sus formas, pone de manifiesto el eclecticismo que caracteriza a Cervantes. Como hace notar Garrote Pérez:

Combina elementos aristotélicos, platónicos, estoicos y cristianos. Su base es la tradicionalidad, pero al contacto con las nuevas ideas renacentistas no se repliega sobre sí mismo, sino que absorbe la modernidad, y no para sustituir las viejas ideas, sino para completarlas o constituir nuevos enfoques o formas de interpretar la única verdad universal. [...] La naturaleza no es nada sin Dios. [...] Lo natural no significa nada sin la conexión con lo sobrenatural.⁵⁵

Garrote resalta la convicción cervantina que considera a la naturaleza subsidiaria de la divinidad. De ahí el apelativo definitorio: «Mayordoma de Dios».

Una parte constitutiva de la sicología de Cervantes es la armonía, sin la cual todo cuanto existe le produce rechazo. «Él cree firmemente en la armonía de la naturaleza en cualquier momento de su creación artística y la convierte en el canon director de su pensamiento, porque Dios es el generador de armonías en la creación entera.»⁵⁶ Obviamente, no concibe el amor inarmónico. «La naturaleza en cuanto principio dinámico y dependiente de Dios, hace realidad todo aquello que contiene en su seno. Se convierte de este modo en creadora y árbitro de todas las naturalezas

54 LOZANO-RENIEBLAS, *Cervantes y el mundo del «Persiles»*, 16.

55 GARROTE PÉREZ, *La naturaleza...*, 9-10-11.

56 *Ibidem*, 23.

particulares.»⁵⁷ Siendo así, e interpretando que el ser humano se encuentra entre esas naturalezas particulares, ‘la Mayordoma de Dios’ bien puede intervenir de modo providencial y cambiar o redirigir el porvenir en momentos cruciales. Por citar algunos ejemplos del *Persiles*:

- En I, 1, una borrasca que arrastra los leños a que va atado Periandro, conduce a éste al navío de Arnaldo, príncipe de Dinamarca, salvándose así de la muerte inmediata a que lo condenaban las supersticiones propias de la Isla Bárbara.
- En I, 5, Tras días y días a la deriva, «tragando no una sino mil muertes» por mares desconocidos, otra borrasca sitúa la barca de Antonio padre a la entrada de una cueva en la Isla Bárbara, donde iniciará una nueva vida.
- En II, 2, Auristela forma parte de un grupo que había naufragado sin esperanzas de sobrevivir. «Los piadosos cielos, que de muy atrás toman la corriente de remediar nuestras desventuras, ordenaron que la nave, llevada poco a poco de las olas ya mansas [...], diese en una playa. [...]».
- En III, 8, ya en tierras toledanas, Periandro evoca ante el Tajo la Égloga I de Garcilaso, parafraseando la estrofa que comienza «Aquí dio fin a su cantar Salicio», para expresar la acción recíproca entre naturaleza y arte, en este caso, la poesía: «Aquí dio principio a su cantar Salicio [...], aquí resonó su zampoña, a cuyo son se detuvieron las aguas deste río, no se movieron las hojas de los árboles y, parándose los vientos, dieron lugar a que la admiración de su canto fuese de lengua en lengua [...]».
- En III, 11, Bartolomé el bagajero reflexiona en voz alta sobre las sensaciones que suscitan en él las maravillas de la naturaleza: «Verdad debió de decir el predicador que predicaba los días pasados en nuestro pueblo, cuando dijo que los cielos y la tierra anunciaban y declaraban las grandezas del Señor.»
- En IV, 12, Periandro experimenta cómo la naturaleza se conmueve e identifica con el dolor que le causa perder el amor de Auristela: «Sollozando estaba Periandro en compañía del manso arroyuelo y de la clara luz de la noche; hacíanle los árboles compañía y un aire blando y fresco le enjugaba las lágrimas.»

2.2.2. Cadena del ser y peregrinaje humano

El origen, pues, de todo cuanto existe radica en una inteligencia ordenadora. Aquí tiene su origen la idea de la «gran cadena de seres», lo mismo que la del universo jerárquicamente estructurado. El hombre vive, pues, en un universo ordenado arit-

⁵⁷ *Ibidem*, 29.

mética y racionalmente (Vs. 2.2.) creado y conservado por la voluntad de un Dios inteligente. A su vez, el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios, participa de esa razón, puede comprender el orden natural y, a través de los diversos grados jerárquicos del universo, llegar al conocimiento de Dios.⁵⁸

Es evidente que Cervantes muestra en esta obra una búsqueda de perfección gradual a través del peregrinaje humano. Utiliza esos dos mundos dispares y distantes, como son el nórdico frente al meridional, para seguir el largo e intrincado camino de lo bárbaro a lo sublime. Todo el contenido supone un avanzar, una gradación progresivamente evolutiva, un ir de menos a más, un caminar hacia adelante. De hecho, la cadena del ser subyace a lo largo de toda la novela.⁵⁹ Según Avalue-Arce:

El punto de partida fue el supuesto mental de la cadena del ser.⁶⁰ La inmensidad de ámbito compatible con tal supuesto se halla en la novela bizantina (género mimado de los humanistas, por lo demás) que se cristianiza efectivamente al convertir a los protagonistas en peregrinos. El peregrino es el tipo literario de la Reforma Católica y es el tipo apropiado para recorrer los eslabones de la cadena del ser.⁶¹

Esa evolución gradual queda bien patente en el primer eslabón geográfico de la Isla Bárbara, donde la primera voz que oímos es la de Corsicurvo, hasta llegar al último eslabón humano de perfectividad, simbolizado por el Papa como máximo representante de Dios que se encuentra en Roma, «el cielo de la tierra».

Mientras el ser humano permanece en este mundo, su existencia es un continuo peregrinar, teniendo siempre que optar por algún camino. «Fugaz peregrinaje hacia la vida eterna, la vida humana no es más que el vagar de un peregrino desterrado de la patria celestial».⁶² Obviamente, en el contenido alegórico trascendente de la novela de aventuras que nos ocupa, hay implícito el propósito de mostrar un «camino de perfección», mediante el amor humano sublimado. De ahí que no todos los personajes implicados en la peregrinación superen la cadena del ser (las gradas o escalones), que les permita alcanzar la meta; incluso parte de los que llegan a Roma

58 GARROTE PÉREZ, *La naturaleza...*, 17.

59 En el capítulo 10 del IV Libro, Auristela hace referencia expresa a esa «cadena que tal vez llega al Cielo» (Vs. ap. 4.).

60 Hugo de Balma y Ángela de Fulgino, entre otros, influyen poderosamente en esta forma de concebir el perfeccionamiento de modo gradual, mediante gradas o escalones, por los que el ejercitante ha de ir ascendiendo, a través de las vías purgativa, iluminativa y unitiva, hasta llegar a la cima y consecuente unión con Dios. El origen parece encontrarse en la escala de Jacob, del Antiguo Testamento.

61 AVALLE-ARCE, «Introducción», 26.

62 VILANOVA, «El peregrino», 104.

son meros espectadores o testigos de la pareja ejemplar formada por Persiles y Sigismunda. «Un anhelo terrenal y humano mueve sus pasos por el mundo, y la pureza de sus ideales y la firmeza de su fe mantiene su ánimo en el curso de la peregrinación hasta alcanzar el cumplimiento de sus votos.»⁶³ Cervantes, en su idea implícita de la «cadena del ser», incorporó un valioso eslabón a la novela bizantina.

A pesar de sus antecedentes remotos, el paradigma de peregrino representado por Periandro (Persiles), puede verse como una recreación del caballero medieval o el cortesano renacentista, o quizás como una síntesis sublimada de ambos, que la genialidad cervantina convierte en arquetipo del peregrino cristiano por antonomasia, símbolo del caballero andante de la Contrarreforma.

A pesar de su azarosa e infortunada existencia, que para espíritus más a ras de tierra hubiese producido resentimiento y frustración, la grandeza de Cervantes supo soterrar o quizás refundir tales experiencias para extraer una visión metafísica universal, que plasma en esta obra ahíta de trascendencia, donde pretende evidenciar cómo la superación humana cuenta con un potencial que le permite elevarse gradualmente hasta la cumbre. El influjo renovador de esta novela en la literatura barroca resulta incuestionable; y fácil de detectar en la producción calderoniana, como hace notar Rafael Lapesa.⁶⁴

3. LOS PERSONAJES

La tipología humana representada en el *Persiles* ofrece múltiples perfiles psicológicos, tratados con evidente paridad genérica. Los diversos comportamientos ostentan rasgos caracterizadores semejantes en hombres y mujeres. Un ejemplo significativo lo constituye —como se irá viendo— la bravura con que se defienden de quienes atentan contra su integridad sexual Rutilio, Transila, Antonio hijo y Sulpicia.

La libertad de pensamiento con que actúa Cervantes, vuelve a evidenciarse en el seguimiento al doctor Huarte de San Juan, cuya ciencia tiene en gran estima. De hecho, coincide con él respecto a los cuatro humores y respectivas combinaciones que determinan los temperamentos.⁶⁵ Asimismo, admite las influencias geográficas;

63 *Ibidem*, 144.

64 Véase: LAPESA, «En torno a», 263.

65 «Los humores forman parte del temperamento, no en partes iguales, porque la perfección es imposible en materia temperamental, pero sí en partes proporcionales, lo cual significa que, entre ciertos límites, haya una ligera supremacía de uno de los humores sobre los otros tres restantes. Este humor predominante es el que tipifica el temperamento, la complexión de cada ser. Así, si predomina el humor flemático, la complexión será la flemática y su temperamento o temperatura se caracterizará por el predominio de la frialdad y de la humedad; si es melancólico o bilis negra, será colérico y su temperie, ardiente y seca. Del mismo modo, si se destaca el humor colérico o bilis amarilla, la complexión será melancólica y su temperatura seca y fría; si es sanguíneo, la complexión típica será la sanguínea y su calor temperamental, el húmedo y ardiente». (GARROTE PÉREZ, *La naturaleza...*, 54-55).

por lo cual, al tratar de las zonas septentrionales y meridionales, muestra las diferencias derivadas de su situación y clima: fauna, vegetación, habitantes... Ricardo Beltrán afirma en un enjundioso estudio sobre *La pericia geográfica de Cervantes*:

Quien lea despacio *Los Trabajos* y conozca los mapas que se trazaban en los días en que escribió Cervantes, se convencerá seguramente de que en esa historia o novela septentrional hay datos y hay razones más que suficientes para declarar y proclamar que Cervantes sabía de aquellos lugares lo que sabían los geógrafos de su tiempo. Las tierras en que pasan los Trabajos de Persiles y Sigismunda no son tierras fabulosas inventadas por el autor; son las mismas tierras que citan, describen o diseñan los geógrafos de los siglos XIV, XV, XVI y principios del XVII, situándolas aproximadamente en el mismo sitio en que las pone o supone el novelista, y sucediendo en ellas las cosas de que nos habla Cervantes tal como tenían que suceder dentro del ambiente físico propio de aquellos países.⁶⁶

Sin embargo, es obvio que prescinde de la diferenciación que Huarte establece para las psicologías masculina y femenina.⁶⁷

Entendiendo que el alma racional procede directamente de Dios, sin intervención de la naturaleza, como admitía el propio Huarte de San Juan, la consecuencia lógica implica que todas las almas son iguales y por lo tanto los seres humanos actuarían de igual manera, lo cual se opone a la realidad. Cervantes era testigo de algo tan incuestionable como esto; pero su faceta pedagógica lo mueve a clarificar al lector la razón de esas diferencias psicológicas, que pone en boca del astrólogo Mauricio:

[...] las almas todas son iguales, y de una misma masa en sus principios criadas y formadas por su Hacedor, y, según la caja y temperamento del cuerpo donde se encierran, así parecen ellas más o menos discretas, y atienden y se aficionan a saber las ciencias, artes o habilidades a que las estrellas más las inclinan. (I, 18).

La vida y la obra literaria de Cervantes, y por ende la novela que comentamos, son un canto a la auténtica libertad, tal como expresa Garrote Pérez:

66 Ricardo Beltrán demuestra cómo Cervantes sigue muy de cerca «el mapa que acompañó a la primera edición de la relación de los viajes de Nicolo y Antonio Zeni, publicada por su descendiente Zeno el Joven, en 1558, que recoge los viajes realizados por “los Zenos” en 1380» (Vs. BELTRÁN y RÓZPIDE, *La pericia geográfica...*, 5 y 8, N.1).

67 Consúltese Juan HUARTE DE SAN JUAN, «Examen de ingenios para las ciencias», noticia preliminar por Mariela SZIRKO, en *Electroneurobiología* 3, 2 (1996): 1-322.

Somos libres, no porque hacemos lo que queremos, sino porque queremos lo que hacemos. [...] Cada uno de sus personajes es aquello que quiere, es decir, es libre en esencia. Sin embargo no todos son libres [...], porque unos por su elección acertada se han realizado, se han hecho libres y, otros, aunque eran libres en principio, no han construido su libertad, sino su esclavitud. Todo depende de la voluntad, del libre albedrío, de la elección.⁶⁸

Un claro ejemplo de elección desacertada, que los esclaviza y está a punto de conducirlos al patíbulo, lo representa la pareja formada por Bartolomé⁶⁹ y la talarana Luisa. En realidad, salvo ésta, algún otro ejemplo de escaso protagonismo y las hechiceras (Vs. ap. 3.5.2.), el universo femenino que incluye permite llegar a la conclusión de que subyace un velado propósito de rendir homenaje a las mujeres; hilando fino, hasta cabe intuir a las que trató muy de cerca. De hecho, entre las diversas parejas que presenta, predominan los hombres relegados a papeles secundarios.

Abundan las uniones matrimoniales, pero hay otros personajes que asumen papeles individuales, dentro del obligado peregrinar a que está abocado el *viator*. Sin embargo, así como Cervantes manifiesta complacencia hacia la vida eremítica, ya sea en pareja como Renato y Eusebia o de modo individual como Rutilio y Soldino, no aprueba abiertamente la vida claustral. Sugiere cierto rechazo la velada crítica en torno a Leonora, cuya consagración al Esposo divino provoca la muerte de su prometido, Manuel de Sosa Coitiño.⁷⁰ Y cuando Sigismunda se inclina por el matrimonio místico, Cervantes parece tomar partido por Persiles y adopta un final que la obliga a desistir (Vs. ap. 3.1.). Diríase que defiende a ultranza su ideal del matrimonio compuesto por la pareja humana, unidos en un proyecto existencial de ayuda y perfeccionamiento mutuos, para mejor servir a Dios.

En la vida real, el matrimonio de Cervantes no debió de ser muy afortunado; tampoco lo fue el de sus padres. Quizás esas experiencias inmediatas le muevan a advertir: «las obras que no se han de hacer más de una vez, si se yerran no se

68 GARROTE PÉREZ, *La naturaleza...*, 93.

69 El infortunado Bartolomé se pierde al seguir a Luisa, una mesonera infiel a su marido Ortel Banedre. En dos ocasiones son rescatados de la cárcel por conmiseración de la pareja protagonista; pero, finalmente, las sucesivas tropelías determinan que «acabaron mal, porque no vivieron bien.» (IV, 14). (Vs. tb.: III, 11, 16 y 18.).

70 «En la misma iglesia, cuando va a casarse, oye de labios de su prometida que ésta ha escogido a Jesucristo como esposo [...]. Esta superior elección de la doncella deja vacía la vida de su amador, que sin rumbo acaba en una isla helada, allá en el septentrión lejano. La nieve inmaculada como el alma de Leonora –fría también como ella–, cubrirá el cadáver del triste portugués.» (LAPESA, «En torno a», 260-261). Vs., además, en *Persiles*: I, 10 y III, 1.

pueden enmendar en la segunda, pues no la tienen, y el casamiento es una destas acciones» (II, 6).⁷¹

A lo largo de la novela, incluye parejas de lo más variopinto, fruto de diversas circunstancias, reconducidas en general hacia un final feliz. Sobre todas ellas, gravitan conceptos típicamente barrocos como son: el poder omnímodo del amor; los celos, «santo y seña» del amador; y el honor, al cual puede superponerse el amor cuando la conciencia está limpia de culpa.⁷²

La pareja humana paradigma de perfección, la ejemplifican del principio al fin Periandro (Persiles) y Auristela (Sigismunda). Junto a ellos, el primer matrimonio y, a su vez, el más primitivo, es el formado por Antonio y Ricla, padres de Antonio y Constanza. Todos o parte de los miembros de este grupo familiar, acompañan a los protagonistas desde el primero al cuarto libro. Con las otras parejas seleccionadas, se pretende mostrar la diversidad que ofrece el ingenio cervantino.

3.1. Periandro y Auristela (Persiles y Sigismunda)

En el breve resumen sobre el contenido de la epopeya novelada objeto de este artículo (Vs. ap. 2.2.), ya se ha indicado cómo el verdadero *leitmotiv* que determina el peregrinaje de ambos es el amor irresistible que siente Persiles por Sigismunda, fascinado por su incomparable belleza física⁷³ y espiritual. Resulta sumamente definitorio el apelativo de Auristela (Estrella de oro), que ilumina toda la obra.

El aventurado viaje –a modo de ardid– obedece a que Eustoquia antepone el amor de madre a la condición de reina, ajustándose además al dictado de su conciencia. Los intereses dinásticos aconsejaban que Sigismunda contrajera matrimonio con Maximino, herederos ambos de los respectivos reinados. Pero Eustoquia conoce el carácter irascible y despótico del futuro rey, opuesto totalmente a su hermano. De ahí que, cuando Maximino se pone en viaje para localizar a los romeros,⁷⁴ la reina envíe a Serafido, con el fin de que procure alertarlos previamente.

La «paridad genérica» se pone de manifiesto desde el comienzo, a través de los protagonistas, mediante un recurso típico del Siglo de Oro: el disfraz.

71 Naturalmente, se refiere al matrimonio católico.

72 Como en el caso de Eusebia y Renato. (Vs. ap. 3.3.3.)

73 «Porque la belleza de Auristela, como otras veces se ha dicho, era tal, que cautivaba los corazones de cuantos la miraban, y hallaban en ella disculpa todos los errores que por ella se hicieran». (II, 21).

74 Se daba principalmente este calificativo a los peregrinos que iban a Roma.

En el libro primero,⁷⁵ que se inicia *in media res*, Periandro actúa como ‘cebo’ con el fin de hallar a Auristela, prisionera en una isla de bárbaros muy peligrosos por sus creencias aberrantes. Utilizando a tal efecto indumentaria femenina, se convierte en «la más gallarda y hermosa mujer que hasta entonces los ojos humanos habían visto, pues *si no era la hermosura de Auristela, ninguna otra podía igualársele*» (I, 2). La estratagema tiene éxito, porque encuentra a la secuestrada con disfraz masculino, dispuesta a perder la vida,⁷⁶ de no evitarlo su inseparable ama Cloelia⁷⁷ con estas palabras: «Mira, oh gran gobernador, lo que haces, porque ese varón que mandas sacrificar [...] es la más hermosa mujer que puede imaginarse. Habla hermosísima Auristela, y no permitas, llevada de la corriente de tus desgracias, que te quiten la vida.» Vestida de hombre, su bellissimo rostro, «*si no era el de Periandro, ninguno otro en el mundo podría igualársele.*»⁷⁸ (I, 4).

Se considera que la pareja Ricaredo-Isabela, de «La española inglesa», constituye un antecedente de la que protagoniza el *Persiles*. Lo es, sin duda, en cuanto a la reacción de los enamorados ante el afeamiento por hechizo de sus respectivas amadas. Ambos sienten acrecentar el amor hacia ellas, cuando ya sólo conservan la belleza espiritual:

- Isabela no perdió la vida; [...] quedó tan fea que como hasta allí había parecido un milagro de hermosura, entonces parecía un monstruo de fealdad [...]. Ricaredo se la pidió a la reina, [...] porque el amor que la tenía pasaba del cuerpo al alma [...].⁷⁹
- [Auristela], no había dos horas que estaba enferma, y ya se le parecían cárdenas las encarnadas rosas de sus mejillas, verde el carmín de sus labios, y topacios las perlas de sus dientes; hasta los cabellos le pareció que habían mudado color, estrecháronse las manos y casi mudado el asiento y encaje natural de su rostro. Y no por esto [a Periandro] le parecía menos hermosa, porque no la miraba en el lecho que yacía, sino en el alma, donde la tenía retratada. (IV, 9).

75 Hasta el tercer capítulo, se va creando un clímax mirífico para recibir a la figura estelar femenina.

76 Los bárbaros en cuestión, mantenían el ritual de ingerir un bebedizo con el corazón pulverizado de las víctimas masculinas. Auristela prefería la muerte a convertirse en esposa de cualquiera de ellos.

77 La primera voz que irrumpe en la novela es la del bárbaro Corsicurbo, llamando a Cloelia, una de sus prisioneras. (Vs.: I, 5-6; II, 12).

78 Los subrayados en cursiva son míos.

79 Miguel DE CERVANTES, «Novela de la española inglesa», en *Novelas ejemplares* (Barcelona: Editorial Planeta, 1994), 271.

Antonio Vilanova alude a la semejanza de ideales, cómo en parangón con Periandro, «una idéntica firmeza inspira la exquisita figura femenina de Auristela, acongojada por las angustias y temores de su trabajosa peregrinación».⁸⁰ Sumamente representativo es el párrafo del libro I, capítulo 23, en el cual se dirige a Transila (*Vs.* 3.3.1) en los siguientes términos:

—¡Ay, amiga!, de tal manera estoy obligada a tener en perpetuo silencio una peregrinación que hago, que, hasta darle fin, aunque primero llegue el de la vida, soy forzada a guardarle. En sabiendo quien soy (que sí sabrás, si el cielo quiere), verás las disculpas de mis sobresaltos; sabiendo las causas de do nacen [...]. ¿Ves cuán grande es el nudo del parentesco de un hermano? Pues sobre éste tengo yo otro mayor con Periandro.

A la caracterización –atribuida atinadamente por Casaldüero a Periandro–, de hombre «seguro, decidido, pronto, rápido generoso y cortés», se suma en el libro segundo el episodio de la doma del caballo del rey Cratilo, que lo envuelve en un halo romano de «semidiós». Y no obstante, «todo este aire pagano no debe impedir que veamos en este domador a un héroe cristiano, a un vencedor de las pasiones y de los instintos».⁸¹ He aquí la escena central narrada por el propio Periandro:

[...] Fui donde estaba el caballo y subí en él sin poner el pie en el estribo, pues no le tenía, y arremetí con él, sin que el freno fuese parte para detenerle, y llegué a la punta de una peña que sobre la mar pendía y, apretándole de nuevo las piernas, con tan mal grado suyo como gusto mío, le hice volar por el aire y dar con entrambos en la profundidad del mar. Y, en la mitad del vuelo, me acordé que, pues el mar estaba helado, me había de hacer pedazos con el golpe y tuve mi muerte y la suya por cierta. Pero no fue así, porque el cielo, que para otras cosas que él sabe me debe de tener guardado, hizo que las piernas y brazos del poderoso caballo resistiesen el golpe, sin recibir yo otro daño que haberme sacudido de sí el caballo y echado a rodar, resbalando por gran espacio [...]. (II, 20).

Despojados de sus falsas identidades como Periandro y Auristela, y a punto de alcanzar la meta fijada, Persiles y Sigismunda han de plantearse cuál será la nueva ruta que deberán emprender. Su amor ha sido probado en el crisol de múltiples vicisitudes, manteniendo una casta y heroica fraternidad a lo largo de su dificultoso peregrinar. Por tanto, al llegar a la meta que es Roma, la pareja está en condiciones de poder discernir

⁸⁰ VILANOVA, «El peregrino», 146.

⁸¹ CASALDUERO, *Sentido y forma...*, 135.

si han de unirse mediante el vínculo indisoluble del matrimonio. Tal paso, «no siendo posible fabricar la propia fortuna», implicará una nueva aventura, sobre la cual, Persiles argumenta a Sigismunda con inequívoca sinceridad: «yo no puedo responderte ahora lo que haremos después que la buena suerte nos ajunte.» (IV, 1).

Resulta satisfactoria y convincente para ambos la catequesis de los penitenciaros encargados de responder a las dudas planteadas, principalmente por Auristela.

Con otros ojos se miraron de allí adelante Auristela y Periandro, a lo menos, con otros ojos miraba Periandro a Auristela, pareciéndole que ya ella había cumplido el voto que la trajo a Roma, y que podía libre y desembarazadamente recibirle por esposo. Pero si medio gentil amaba Auristela la honestidad, después de catequizada la adoraba [...]. (IV, 5).

El episodio del hechizo promovido por Hipólita para satisfacer la pasión, no correspondida, que Periandro había despertado en ella, suscitara distintas reacciones en los intachables enamorados: en Periandro, «la pena que él sentía de la enfermedad de Auristela era tanta, que causaba en él el mismo efecto que en Auristela, y así se iba enflaqueciendo, que comenzaron todos a dudar de la vida suya [...]» (IV, 10). La propia Hipólita, temiendo el inminente final de su ídolo, se apresuró a romper el hechizo. Pero al sentir Auristela cómo se le aproximaba el final de la vida, «sosegó su espíritu y puso en olvido reinos, regalos y grandezas», hasta el punto de que, recuperadas salud y belleza, no dudó en trocar el amor humano por el místico y confesó abiertamente al hombre con quien tenía previsto unirse en matrimonio:

—Hermano mío, pues ha querido el Cielo que con este nombre tan dulce y tan honesto ha dos años que te he nombrado, [...] querría que esta felicidad pasase adelante y que solos los términos de la vida la pusiesen término [...]. Nuestras almas, como tú bien sabes y como aquí me han enseñado, siempre están en continuo movimiento y no pueden parar sino en Dios, como en su *centro*.⁸² En esta vida los deseos son infinitos, y unos se encadenan de otros, y se eslabonan y van formando una *cadena* que tal vez llega al Cielo⁸³ y tal se sume en el Infierno. Si te pareciere, hermano, que este lenguaje no es mío y que va fuera de la enseñanza que me han podido enseñar mis pocos años y mi remota crianza, advierte que en la tabla rasa

⁸² Queda bien patente lo dicho en ap. 1.3. Los subrayados en cursiva son míos.

⁸³ Clara referencia a la Cadena del ser (Vs. ap. 2.2.2.). Ángela de Fulgino, comienza su *Vida* (dictada al discípulo Fray Arnaldo): «Yo, Ángela de Fulgino, caminando al camino de la penitencia, anduve dieciocho pasos (o grados) espirituales, antes que conociese la imperfección de mi vida». (En María Isabel BARBEITO CARNEIRO, *Mujeres y Literatura del Siglo de Oro (Espacios profanos y espacios conventuales)* (Madrid: SAFEKAT, 2007), 228-231).

de mi alma ha pintado la experiencia y escrito mayores cosas; principalmente, ha puesto que en sólo conocer y ver a Dios está la suma gloria, y todos los medios que para este fin se encaminan son los buenos, son los santos, son los agradables, como son los de la caridad, de la honestidad y el de la virginidad. Yo, a lo menos, así lo entiendo y, juntamente con entenderlo así, entiendo que el amor que me tienes es tan grande que querrás lo que yo quisiere. [...] Tú has sido mi padre, tú mi hermano, tú mi sombra, tú mi amparo y, finalmente, tú mi ángel de guarda y tú mi enseñador y mi maestro, pues me has traído a esta ciudad, donde he llegado a ser cristiana como debo. Querría agora, si fuese posible, irme al Cielo sin rodeos, sin sobresaltos y sin cuidados, y esto no podrá ser si tú no me dejas la parte que yo misma te he dado, que es la palabra y la voluntad de ser tu esposa. Déjame, señor, la palabra, que yo procuraré dejar la voluntad, aunque sea por fuerza: que, para alcanzar tan gran bien como es el Cielo, todo cuanto hay en la tierra se ha de dejar, hasta los padres y los esposos. Yo no te quiero dejar por otro; por quien te dejo es por Dios, que te dará de sí mismo, cuya recompensa infinitamente excede a que me dejes por Él. (IV, 10).

Es un momento de gran fuerza dramática, ya que Persiles huye, aceptando la decisión de su amada; convencido de que «aquel mudar de vida no era sino porque a él se le acabara la suya, pues bien debía saber que en dejando ella de ser su esposa él no tenía para qué vivir en el mundo.» (IV, 10).

La determinación de Sigismunda se basa en lo que únicamente conviene a su alma: «¿No es mejor que yo deje con tiempo los caminos torcidos y las dudosas sendas, y tienda el paso por los atajos llanos que con distinción clara nos están mostrando el felice paradero de nuestra jornada?» (IV, 11).

Persiles, mientras huye, le responde desde su fuero interno: «Si quieres que te lleven al Cielo sola y señera, sin que tus acciones dependan de otro que de Dios y de ti misma, sea en buen hora; pero quisiera que advirtieras que no sin escrúpulo de pecado puedes ponerte en el camino que deseas.»

Cervantes parece adoptar una actitud dubitativa ante el bien de ambos personajes: de una parte, se siente identificado con el amor de Persiles, totalmente rendido a la voluntad de su amada; de otra, se muestra vacilante a la hora de consentir que Sigismunda traspase los límites del amor humano para entregarse plenamente al divino de modo individual.

La muerte liberadora de Maximino a las puertas de Roma, provocada por la temible mutación,⁸⁴ determina que Sigismunda asuma contraer matrimonio con Persiles.

⁸⁴ Se había comprobado que los cambios de temperatura de unas zonas climáticas a otras causaban enfermedades, como, por ejemplo, ésta de la «mutación». Así, Maximino, hermano de Persiles, al pasar de los países nórdicos a Italia, contrajo esa enfermedad mortal. (Vs.: GARROTE PÉREZ, *La naturaleza...*, 98).

Servirá a Dios como reina, esposa y madre. Ambos esposos heredan respectivamente las islas de Tule y Frislanda, que unirán bajo su reinado.

3.2. Antonio-Ricla y sus hijos Constanza-Antonio (los «Bárbaros») ⁸⁵

Queda dicho cómo se habían producido las respectivas anagnórisis de Periandro y Auristela, él disfrazado de mujer y ella de hombre, en la Isla Bárbara, donde el azar los vuelve a reunir. De pronto, una lucha cruenta entre sus violentos aborígenes provoca un pavoroso incendio. Es entonces cuando Cervantes da entrada al grupo familiar que participará asiduamente en los avatares de la pareja protagonista. De hecho, en I.6 se dice cómo Auristela «quedó aficionadísima a las dos bárbaras, madre e hija», es decir, a Ricla y Constanza.

Antonio y Ricla, padres de Constanza y Antonio, constituyen el primer modelo de matrimonio que, no obstante su primitivismo, se apoya en la esencia de lo que da auténtica validez al sacramento: el mutuo consentimiento de los contrayentes, su voluntad de realizarlo.

Aunque Antonio se encuentra en esa isla septentrional, en realidad es oriundo de España, natural de Quintanar de la Orden (Toledo), manchego por tanto. Llegó hasta aquel lejano lugar, huyendo de la justicia, tras múltiples vicisitudes que lo hicieron objeto de persecución. Se había refugiado en un rincón oculto, que le pareció hermoso, seguro y con los medios naturales necesarios para subsistir. Allí se presentó Ricla ante sus asombrados ojos. Para Antonio, aquella «bárbara» nativa, de apenas quince años y angelical belleza, fue como un regalo de la providencia divina. Necesitaba emparejarse con ella; pero quiso convertirla en esposa, equiparándola a su misma condición humana. La propia Ricla relata la experiencia de que fueron partícipes ambos, y la dignidad de que la dotó su marido, para unirse física y espiritualmente mediante el sacramento cristiano-católico del matrimonio. Tras instruirse en las lenguas respectivas, como punto de partida religioso recibió las aguas bautismales de manos de Antonio, quien la informó de la catequesis fundamental. (Vs. ap. 4.).

Son muchas las aventuras que les sobrevienen, al abandonar la Isla Bárbara, antes de entrar en la península ibérica por Portugal. En España, el matrimonio for-

85 Los nombres de este grupo familiar, se suelen citar acompañados del apelativo «bárbaro/-a». Pero, según explica Joaquín Casalduero, «cuando un escritor barroco califica al hombre de bárbaro, no le está rodeando de su desprecio, sino que está revelando parte de su esencia. [...] En el Barroco, el lugar inculto era siempre el habitáculo del hombre-fiera, mientras que el lugar culto alberga al hombre-rey, al hombre que se impone a sus instintos, al hombre que manda sobre su naturaleza. [...] Hay que salir del monte o de las islas desiertas y bárbaras para ir a vivir a Palacio. [...] En el palacio del mundo –la Tierra– [...] aprenderá a distinguir la verdad de la mentira y a leer en los signos su sentido oculto». (CASALDUERO, *Sentido y forma...*, 17).

mado por Ricla y Antonio, decide asentarse definitivamente junto a la familia de éste, los Villaseñor.⁸⁶ Sus hijos Antonio y Constanza prefieren acompañar a Perian-dro y Auristela en la peregrinación a Roma.

Y es en la casa de los Villaseñor donde Constanza, originaria de tierras «bárbaras», hija de un simple hidalgo, ascenderá al estatus de noble mediante el matrimonio *in articulo mortis* con un conde.⁸⁷ Así lo decide el mismo, al sentirse gravemente herido, alegando: «No será novedad disparatada casarse un título con una doncella hijadalgo, en quien concurren todas las virtuosas partes que pueden hacer a una mujer famosa. Esto quiere el cielo, a esto me inclina mi voluntad». ¿Sugiere este episodio un posible premio a la fidelidad religiosa de Antonio padre? ¿Supone un planteamiento social igualitario?

La consternación de Constanza ante el fallecimiento de su esposo, apenas celebrado el matrimonio, es tan grande que piensa dejar el mundo e ingresar en un convento. Frena el impulso, a instancias de Auristela, quien le aconseja que no tome esa decisión precipitadamente. El consejo surte efecto. De hecho, acabada la peregrinación a Roma, contraerá matrimonio con el hermano menor de su difunto marido, que estudiaba en Salamanca al ocurrir el mortal suceso. Así consta en el último párrafo de la novela, que parece conceder a Constanza el privilegio de esa incorporación.

En cuanto a Antonio hijo, hercúleo, impetuoso y noble, con rasgos que apuntan al primitivismo propio de su origen geográfico; pero también a la psicología de los progenitores, veremos cómo su padre tiene que amonestarle severamente en más de una ocasión; si bien el momento decisivo para hacerle reflexionar es aquél en que mata al maldiciente Clodio, sin pretenderlo. (Vs. 3.5.2. y 4.).

De tres francesitas que irrumpen a mitad del peregrinaje por la Europa meridional, será Félix Flora la que acabe emparejándose con Antonio hijo, lo que permite presagiar un futuro beneficioso para su carácter impulsivo.

86 Cervantes parece interesado en destacar el paso de los viajeros por Ocaña, cuando se dirigen a Quintanar de la Orden; y hace una singular referencia al Convento franciscano de Nuestra Señora de la Esperanza, que ocupaba el quinto lugar entre los más preeminentes de la Provincia de Castilla. (Vs.: Antolín ABAD PÉREZ, «Nuestra Señora de la Esperanza de Ocaña. Su Cronista, el P. Eusebio González de Torres», *AIA* 62, nº 241-242 (2002): 243). Su destrucción se produjo «durante la batalla de Ocaña en la Guerra de la Independencia», a decir de AVALLE-ARCE (en Miguel DE CERVANTES, *Los trabajos de Persiles*, Edición de Juan Bautista AVALLE-ARCE (Madrid: Castalia, 1969), N. al pie 360). Actualmente, no existe el menor vestigio que permita visualizar su localización.

87 Ni siquiera llega a darse el nombre, sólo se dice que es el conde «que había heredado al enemigo» del padre de Constanza. Víctima de una refriega entre soldados —a la que era ajeno—, comprendiendo su gravedad, pidió que lo llevaran a casa de la familia Villaseñor. En ella le prestaron solícitos cuidados, que no pudieron evitarle la muerte.

3.3. Zona septentrional. Otros personajes

3.3.1. Transila-Ladislao-Mauricio

Transila es una de las mujeres intrépidas, dispuestas a jugarse la vida con tal de no aceptar leyes injustas. En cuanto a castidad, bravura y dotes físicas puede ponerse en parangón con Antonio hijo. Aparece por primera vez en I.3, como intérprete dentro de la Isla Bárbara, donde los gobernantes no sólo la valoran por desempeñar ese papel, sino porque su belleza la ha convertido en candidata a reina, «la mayor desventura» para ella. El fuego a que se ha hecho referencia (Vs. ap. 3.2.), le permite librarse de ese aciago futuro.

Más adelante, en Golandia,⁸⁸ se encuentra con su padre (Mauricio) y su marido (Ladislao), que se habían embarcado en un navío inglés⁸⁹ con el firme propósito de encontrarla. Los había abandonado, huyendo de una costumbre ancestral que repugnaba a su naturaleza: la práctica de que, tras la ceremonia matrimonial, familiares próximos al marido rompieran el himen de la desposada. Algo semejante en cierto modo al «derecho de pernada».

El padre de Transila había intentado erradicar este bárbaro ritual, practicado por sus conciudadanos; pero se rindió al recibir incluso amenazas de muerte. No así la hija, quien huyó arriesgando su vida, como ella misma relata:

[...] Salté en mitad de la turba, y, rompiendo por ella, salí a la calle acompañada de mi mismo enojo, y llegué a la marina, donde [...] me arrojé en un pequeño

88 Sobre Golandia, donde se encuentra Transila con su padre y su marido, expone Beltrán y Rózpide: «[...] se relaciona o enlaza con la parte de la península escandinava llamada Golandia, Gotland, Gotia, a que Cervantes supone isla, y que en los mapas de entonces se divide en oriental y occidental y aparece cortada por ríos, entradas de mar y lagos, con aspecto de conjunto de islas y penínsulas.» (BELTRÁN Y RÓZPIDE, *La pericia geográfica...*, 12).

89 Con ellos llegan los prisioneros Rosamunda y Clodio, sujetos ambos con cadenas, por mandato del rey de Inglaterra (I, 12). Clodio, apodado «el maldiciente» (se le acaba de citar en ap. 3.2.) dice respecto a su compañera de infortunio: «Esta mujer que aquí veis, atada como loca y libre como atrevida, es aquella famosa Rosamunda, dama que ha sido concubina y amiga del rey de Inglaterra, de cuyas impúdicas costumbres hay largas historias y longuísimas memorias entre todas las gentes del mundo. [...]» (I, 14). Parece que Cervantes se refiere a Rosamunda Clifford, amante del rey de Inglaterra Enrique II Plantagenet, casado con Leonor de Aquitania. Está demostrado que dicha concubina murió en 1176, sin haber cumplido los treinta años, y fue enterrada en el Monasterio de Godstowe. Por tanto, no es posible que llegara prisionera a Golandia, siendo cincuentona, como se pone de manifiesto en otro lugar. El autor utiliza meramente la ficción, valiéndose quizás de una de las muchas leyendas urdidas en torno a la infortunada joven, de suerte bastante aciaga por lo que hemos averiguado. Para mayor información, sugerimos: Jean MARKALE, *La vida, la leyenda, la influencia de Leonor de Aquitania* (Barcelona: Lunas, 1992).

barco que sin duda me deparó el cielo. Asiendo de dos pequeños remos, me alargué de la tierra todo lo que pude; pero viendo que se daban prisa a seguirme en otros muchos barcos, más bien parados y de mayores fuerzas impelidos, y que no era posible escaparme, solté los remos, y volví a tomar mi lanza, con intención de esperarles, y dejar llevarme a su poder, si no perdiendo la vida, vengando primero en quien pudiese mi agravio. (I, 13).

La furia del mar la libró de sus perseguidores. Fue rescatada por un barco, cuyos rústicos pescadores optaron por venderla a los corsarios. Y entre los bárbaros isleños aprendió su lengua hasta convertirse en intérprete.

Así como el marido de Transila desempeña un papel secundario, al padre se le otorga mayor relieve, merced a su condición de astrólogo judicario. (Vs. ap. 3.5.).

3.3.2. *Sulpicia (viuda de Lampidio)*

Entre las aventuras que relata Periandro en el castillo del rey Policarpo, causa estupor la protagonizada por otra heroína, cuya bravura no desmerece en nada de la anterior. Cuenta cómo navegaba a la búsqueda de Auristela secuestrada junto a las esposas de unos pescadores, que iban con él para rescatarlas, además de otros marineros que se les habían sumado. Dejaran atrás un barco ajeno a su intento, cuando de pronto surgió otro sospechoso, al que también detuvieron. El abordaje presentó ante sus ojos algo que los dejó estupefactos:

Pendientes de las entenas y de las jarcias, venían más de cuarenta hombres ahorcados [...]. Hallaron la cubierta llena de sangre y de cuerpos de hombres semivivos, unos con las cabezas partidas y otros con las manos cortadas; tal vomitando sangre, y tal vomitando el alma; este gimiendo dolorosamente, y aquél gritando sin paciencia alguna [...]. Y en el castillo de popa hallaron puestas en escuadrón hasta doce hermosísimas mujeres, y delante dellas una, que mostraba ser su capitana [...]. Tenía un venablo en las manos, tachonado de arriba abajo con clavos de oro, con una gran cuchilla, de agudo y luciente acero forjada, con que se mostraba tan briosa y tan gallarda [...] que con admirada atención se pusieron a mirarla. [...] (II, 14).

La pavorosa escena evocaba a las legendarias (o históricas) Amazonas. Consciente del impacto, la capitana del escuadrón justificó el motivo de la masacre en los siguientes términos:

Sulpicia es mi nombre, sobrina soy de Cratilo, rey de Bituania; casóme mi tío con el gran Lampidio, tan famoso por linaje como rico de los bienes de naturaleza y de los de la fortuna. Íbamos los dos a ver al rey mi tío, con la seguridad que nos podía ofrecer ir entre nuestros vasallos y criados, todos obligados por las buenas obras que siempre les hicimos; pero la hermosura y el vino que suelen trastornar los más vivos entendimientos, les borró las obligaciones de la memoria y en su lugar les puso los gustos de la lascivia. [...] Y algunos medio dormidos acudieron a poner las manos en mi esposo, y quitándole la vida dieron principio a su abominable intento. Pero como es cosa natural defender cada uno su vida, nosotras, por morir vengadas siquiera, nos pusimos en defensa, aprovechándonos del poco tiento y borrachez con que nos acometían, y con algunas armas que les quitamos y con cuatro criados que, libres el humo de Baco, nos acudieron, hicimos con ellos lo que muestran esos muertos. [...] Riqueza traigo que poder repartir, aunque mejor diría que vosotros podáis tomar; sólo puedo añadir que os las entregaré de buena gana. Tomadlas, señores, y no toquéis en nuestras honras, pues con ellas antes quedaréis infames que ricos. (II, 14)

La respuesta que dan, tanto Periandro –del que no cabe esperar otro comportamiento–, como los marineros que lo acompañan, es de total bonhomía. Sulpicia tampoco se deja ganar en generosidad, con lo cual el episodio concluye satisfactoriamente de modo ejemplar.

Más adelante, una afortunada intervención de la agradecida Sulpicia logrará que su tío, el rey Cratilo, favorezca el reencuentro de Persiles y Auristela, así como el regreso de los marineros a sus respectivos hogares.⁹⁰

3.3.3. *Renato-Eusebia*

Son la «pareja puente» entre los espacios geográficos septentrionales y meridionales, ya que con su peregrina historia se cierra el segundo libro. Franceses ambos, actuarán de introductores para la Europa que será escenario de los libros tercero y cuarto. A su vez, constituyen otro ejemplo ideal de castidad. En este caso, mantenida después del matrimonio.

Eusebia forma parte asimismo de la tipología de mujeres dispuestas a elegir su destino, por encima de cualquier convencionalismo, como se desprende de la exposición que hace el infortunado Renato:

90 Léase II, 18 y 20.

[...] Con el silencio de Eusebia, [dama de la reina en Francia], tomaba alas mi esperanza con que subir hasta el cielo de merecerla. Pero [...] Libsomiros, caballero asimismo francés, [...] se fue al rey y le dijo cómo yo tenía trato ilícito con Eusebia, en ofensa de la majestad real y contra la ley que debía guardar como caballero, cuya verdad la acreditaría con sus armas [...]

Vencido en el duelo –imprevisiblemente– por su rival,⁹¹ Renato no pudo soportar la deshonra y decidió abandonar Francia, según relata:

Determiné salir de mi patria y renunciando mi hacienda en [Sinibaldo], otro hermano menor que tengo, en un navío, con algunos de mis criados, quise desterrarme y venir a estas septentrionales partes a buscar lugar donde no me alcanzase la infamia de mi infame vencimiento y donde el silencio sepultase mi nombre. Hallé esta isla acaso; contentóme el sitio, y con el ayuda de mis criados levanté esta ermita y encerréme en ella. Despedílos; diles orden que cada un año viniesen a verme [...].

¡Oh, qué de cosas dijera, señores, en alabanza de la santa soledad y del sabroso silencio! Pero estórbamelo el decir primero cómo dentro de un año volvieron mis criados y trujeron consigo a mi adorada Eusebia, que es esta señora ermitaña que veis presente [...]. Embarcándose con ellos, dejó su patria y padres, sus regalos y sus riquezas, y lo más que dejó fue la honra, pues la dejó al vano discurso del vulgo, casi siempre engañado, pues con su huida confirmaba su yerro y el mío. Recebía como ella esperaba que yo la recibiese [...]. Dímonos las manos de legítimos esposos, enterramos el fuego en la nieve, y en paz y en amor, como dos estatuas movibles, ha que vivimos en este lugar casi diez años, en los cuales no se ha pasado ninguno en que mis criados no vuelvan a verme, proveyéndome de algunas cosas que en esta soledad es forzoso que me falten. Traen alguna vez consigo algún religioso que nos confiese. Tenemos en la ermita suficientes ornamentos para celebrar los divinos oficios. Dormimos aparte, comemos juntos, hablamos del cielo, menospreciamos la tierra, y confiados en la misericordia de Dios, esperamos la vida eterna. (II, 19).⁹²

91 Barros Campos pone de manifiesto cómo «Cervantes recuerda que Trento prohibió los duelos». (BARROS CAMPOS, «Cervantes, escritor de la Contrarreforma», 68).

92 Como puede observarse, la pareja elige libremente vivir en castidad. Sobre lo cual, argumenta Casaldueiro: «Libertad y voluntad cristianas sin duda, pero de un cristianismo tridentino, muy distinto del cristianismo gótico, románico o patrístico. [...] Hombres y mujeres bañados en luz y color, pendientes siempre de la gracia divina y navegando de continuo por el mar de las pasiones. La historia de Renato se puede gozar en toda su belleza, si se la ve hecha de respeto en palacio y de voluntad heroica en la isla.» (CASALDUERO, *Sentido y forma...*, 132-133).

El capítulo 21, último del libro segundo, se cierra con la rehabilitación de los esposos ermitaños, ya que su difamador confiesa al morir la calumnia de que los había hecho objeto. A instancias del propio rey, emprenden el regreso a Francia en el barco que viene a buscarlos. Aprovechan el viaje para dejar en sus respectivos países a Arnaldo, quien acude en ayuda de su padre el rey de Dinamarca; y también a Transila, con su padre y esposo. Rutilio, el bailarín italiano (Vs. ap. 3.5.2.), decide quedarse en la ermita de Renato. Regresan a España, junto con Periandro y Auristela, el grupo familiar de pseudos bárbaros formado por Ricla y Antonio con sus hijos Antonio y Constanza.

3.4. En la Europa cristiana católica⁹³

El entusiasmo de Cervantes por la bella ciudad de Lisboa, se desprende del comentario que hace Antonio:

La ciudad es la mayor de Europa y la de mayores tratos; en ella se descargan las riquezas del Oriente, y desde ella se reparten por el universo; su puerto es capaz no sólo de naves que se puedan reducir a número, sino de selvas movibles de árboles que los de las naves forman; la hermosura de las mujeres admira y enamora; la bizarría de los hombres pasma. (III, 1).

Pero si la ciudad de Lisboa impactó al «escuadrón» (así lo llama Cervantes) de viajeros, es fácil imaginar el impacto que causaría en sus habitantes el grupo de personajes que los visitaba:

Ricla, medianamente hermosa, pero extremadamente a lo bárbaro vestida; Constanza, hermosísima y rodeada de pieles; Antonio el padre, brazos y piernas desnudos, pero con pieles de lobos cubierto lo demás del cuerpo; Antonio el hijo, iba del mismo modo, pero con el arco en la mano y la aljaba de las saetas a las espaldas; Periandro con casaca de terciopelo verde y calzones de lo mismo, a lo marinero, un bonete estrecho y puntiagudo en la cabeza, que no le podía cubrir las sortijas de oro que sus cabellos formaban; Auristela traía toda la gala del setentrión en el vestido, la más bizarra gallardía en el cuerpo y la mayor hermosura del mundo en el rostro. (III, 1).

⁹³ A lo largo de la novela se insiste mucho en esta definición, quizás para distinguirla de la iglesia protestante, también cristiana.

Conscientes de la expectación que causan, deciden cambiar las indumentarias por vestimentas de peregrinos propiamente dichos. Constanza y su hermano Antonio seguirán caminando hasta Roma junto con Auristela y Periandro, mientras que los padres optan por quedarse en Quintanar de la Orden. Durante este itinerario, también abundan los episodios sorpresivos protagonizados en gran parte por parejas, de los cuales sólo incluimos dos ejemplos, para ajustarnos al espacio disponible:

3.4.1. *Feliciano de la Voz-Rosanio*

A Feliciano de la Voz, mote que había merecido por su portentosa voz, el padre, don Pedro Tenorio, decide casarla aún casi adolescente, en contra de su voluntad. Ella se había enamorado de Rosanio, otro joven que cumplía todos los requisitos exigidos socialmente, además de una fortuna considerable. El error de Feliciano consistió en haberse desposado y entregado ocultamente al hombre que amaba. Huyó del hogar cuando se sintió obligada a hacer acto de presencia ante Luis Antonio, con quien la habían comprometido. Temerosa de que descubrieran su reciente maternidad, deja el bebé en manos de la doncella, quien lo entrega a Rosanio.⁹⁴ Éste se cuida de poner a salvo inmediatamente al recién nacido, entregándolo con una valiosa cadena a Periandro y demás acompañantes, bajo el ruego de que entreguen cadena y niño a sus amigos Francisco Pizarro y Juan de Orellana, en Trujillo.

El mundo pastoril, que tanto atrae a Cervantes, sirve aquí de escenario como lugar de acogida para los partícipes del episodio; puesto que también aparece en busca de auxilio la exhausta Feliciano. Después de ser atendida por los bondadosos pastores, que brindan hospedaje a todo el grupo, acaba uniéndose al mismo. La criatura queda al cuidado de la hermana de un pastor, también recién parida.

El feliz desenlace se produce en el Monasterio de Guadalupe (Cáceres), donde coinciden los peregrinos con el padre y hermano de Feliciano, quienes, al reconocerla cuando ésta cantaba a la Virgen, montan en cólera dispuestos a agredirla. En el recinto sagrado, se encuentran además Francisco Pizarro, Juan de Orellana y el propio Rosanio, que se identifica y sale en defensa de su esposa, argumentando:

—En mí, en mí debéis, señores, tomar la enmienda del pecado de Feliciano vuestra hija, si es tan grande que merezca muerte el casarse una doncella contra la voluntad de sus padres. Feliciano es mi esposa, y yo soy Rosanio, como veis,

⁹⁴ En este episodio, diríamos que deja el instinto materno un poco en entredicho, lo cual vuelve a mostrar el criterio cervantino contrario a la atribución tajante de rasgos específicos en razón del género, ya sea femenino o masculino.

no de tan poca calidad que no merezca que me deis por concierto lo que yo supe escoger por industria. Noble soy, de cuya nobleza os podré presentar testigos; riquezas tengo que la sustentan, y no será bien que lo que he ganado por ventura me lo quite Luis Antonio por vuestro gusto. (III, 5).

Estos razonamientos –apoyados por Pizarro y Orellana– junto con la presencia del recién nacido, que embelesa al abuelo, abocan a «las paces de los desavenidos» y consecuente final feliz.

Una vez más, vemos abogar a Cervantes en favor de que los matrimonios no sean impuestos por los padres, sin el beneplácito de los contrayentes.

3.4.2. Isabela Castrucho-Andrea Marulo

Este artificioso matrimonio llega a un punto en que parece rozar lo herético, por la locura simulada de los esposos. Isabela urde un plan para librarse del matrimonio que le impone su tío Alejandro y así poder casarse con Andrea Marulo, el hombre a quien ama. Con la complicidad de éste, se hace pasar por loca; y no sólo consigue engañar a su tío, sino al médico que la asiste. Dados los pasos previstos, ambos amantes se disponen a formalizar el ritual que ha de convertirlos sacramentalmente en marido y mujer. Pero antes aclara Isabela:

–Ni Andrea Marulo está loco ni yo endemoniada. Yo le quiero y escojo por mi esposo, si es que él me quiere y me escoge por su esposa.

–No loco ni endemoniado, sino con mi juicio entero, tal cual Dios ha sido servido de darme.

Y diciendo esto, [Andrea Marulo] tomó la mano de Isabela, ella le dio la suya y, con dos sies, quedaron indubitablemente casados. [...]

Dos sacerdotes, que se hallaron presentes, dijeron que era válido el matrimonio, presupuesto que, si con parecer de locos le habían comenzado, con parecer de verdaderamente cuerdos le habían confirmado.⁹⁵ (III, 21).

95 Romero Muñoz aclara que «los decretos tridentinos estaban aún por venir», por los años en que cabe situar este episodio (Vs. en ROMERO MUÑOZ, *Miguel de Cervantes...*, Apéndice 28, 742-743). Pero, además, según el vigente *Catecismo de la Iglesia Católica*, Segunda Parte, 2ª Sección, Cap. 3º, artículo 7, El sacramento del matrimonio, II. La celebración del matrimonio, 1623: «[...] los esposos como ministros de la gracia de Cristo, manifestando su consentimiento ante la Iglesia, se confieren mutuamente el Sacramento del Matrimonio.»

3.5. Astrólogos y hechiceras

En el libro de la *Sabiduría* (13.1-9), se dice:

Vanos son por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios [...] y por la consideración de las obras no conocieron al artífice. Sino que al fuego, al viento, al aire ligero, o al círculo de los astros, o al agua impetuosa, o a las lumbreras del cielo tomaron por dioses rectores del universo. Pues si seducidos por su hermosura los tuvieron por dioses, debieron conocer cuánto mejor es el Señor de ellos, pues es el autor de la belleza quien hizo todas estas cosas [...]. Porque si pueden alcanzar tanta ciencia y son capaces de investigar el universo, ¿cómo no conocen más fácilmente al Señor de él?⁹⁶

Transcurrieron largos años hasta alcanzar los primeros conocimientos pseudo-científicos, que abocarían a la ciencia propiamente dicha dentro de las respectivas culturas. Las sucesivas interpretaciones de los distintos fenómenos movían con frecuencia a creencias que el Catolicismo consideraba heréticas. No es extraño que San Agustín rechazara en un principio la astrología. La Edad Media acaba aceptándola; y, en cuanto al período que nos ocupa, nada más revelador que la lectura obligatoria del *Tetrabiblos* de Claudio Tolomeo, en las cátedras de Matemáticas y Astrología, de la Universidad de Salamanca.⁹⁷

Un importante fondo bibliográfico, custodiado en la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid, permite acceder a los libros que sobre esta materia tuvieron a su alcance los escritores del Siglo de Oro. Entre ellos, se encuentran las obras de Bernardo Pérez de Vargas: *Aquí comienza la segunda parte de la Fábrica del vniverso...* (Toledo, 1563), que trata sobre astrología judiciaria en el Libro III; la de Johannes Eschuid: *Summa astrologiae iudiciales de accidentibus mundi* (Venetiis, 1489); etc.

De gran repercusión por la autoridad y prestigio de su autor, fue la obra de Pedro Ciruelo, Catedrático de Teología en Alcalá,⁹⁸ titulada *Reprobación de las Sypersticiones y hechizerías...* Distingue la verdadera astrología de la falsa, argumentando:

⁹⁶ En *Sagrada Biblia*, ed. por Eloíno NÁCAR FUSTER y Alberto COLUNGA (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1960), 720.

⁹⁷ «Un pronóstico astrológico, en el Renacimiento, era indispensable antes de emprender un viaje o un negocio, contraer matrimonio o conocer el curso de una enfermedad.» (En *Del Saber de las Estrellas: libros de Astronomía en la Biblioteca Complutense* (Madrid: Biblioteca Histórica UCM, 2009), 181).

⁹⁸ Por designación del Cardenal Cisneros, en 1509.

La verdadera Astrología habla de cosas que se causan por las virtudes de los cielos, que con sus movimientos y luces alteran el aire y la mar y la tierra, y así causan diversos efectos de tiempos. [...] También alteran a los hombres y a las otras animalías que moran en la tierra y en el aire y agua. Así los cielos causan a nuestros cuerpos diversas calidades, complexiones, pasiones y enfermedades, diversas inclinaciones y habilidades a muchas artes y ciencias; pues el verdadero filósofo que conoce las virtudes y propiedades de las estrellas, podrá por ellas conocer [...] si el año, o el día o el mes será sereno o nublado, limpio, frío o caliente, si el niño nacido será de bueno o de rudo ingenio para las letras o para las otras artes y ejercicios [...] La falsa astrología no es arte ni ciencia verdadera, antes es una superstición. [...] Destas cosas Aristóteles (sic, por Aristóteles) dice que no hay arte ni ciencia verdadera por donde se puedan saber antes que vengan, porque no tienen causas determinadas de donde procedan. Luego el que por las cuentas de los movimientos y aspectos de los cielos y estrellas presume juzgar de las cosas que acaecerán [...], el tal astrólogo es falso y supersticioso adivino, y lo que dice no lo saca por astrología, ni por otra ciencia buena, sino por inspiración del diablo que secretamente le mueve la fantasía a decir aquellas cosas, como dice san Agustín. [...] ⁹⁹

Y expone con relación a «los ajamientos» y «otros maleficios»:

No solamente se hacen supersticiones y hechicerías para alcanzar bienes y para se librar de los males; más también algunos perversos hombres y mujeres, les hacen para dañar y hacer mal a otros sus próximos [...], para le hacer caer en alguna grande enfermedad [...], son también pecados de manifiestas supersticiones y obras diabólicas; porque las cosas que estos hacen no tienen virtud natural para causar aquellos daños en los hombres; ni los hacen por virtud divina [...], que los hace el diablo por complacer a sus amigos y servidores los nigrománticos y hechiceros.¹⁰⁰

A las brujas y hechiceras, sus conocimientos les venían dados generalmente por herencia o transmisión oral, puesto que las mujeres no tenían acceso a estudios universitarios. Las que intervienen en el *Persiles*, son todas malévolas. Cervantes deja en el aire diversas formas de maleficios, mezcla de la utilización de pócimas y brebajes compuestos de hierbas nocivas, malquerencias diabólicas, de consecuencias

99 [Pedro] CIRUELO, «De la falsa astrología», en *Reprobación de las supersticiones y hechicerías. Libro muy útil, y necesario a todos los buenos christianos* (Medina del Campo: Guillermo de Millis, 1551), parte primera, capítulo 4, ff. 17r-18r.

100 *Ibidem*, «De los ajamientos y de otros maleficios», parte segunda, capítulo 5, f. 35r.

dañinas... Así argumenta con referencia al hechizo que la judía esposa de Zabulón había aplicado a Sigismunda:

[...] Dios [...], por nuestros mismos pecados, para castigo dellos, permite que pueda quitar la salud ajena ésta que llaman hechicería, con que lo hacen las hechiceras; sin duda, ha Él permitido, usando mezclas y venenos, que con tiempo limitado quitan la vida [...] y no se sabe de dónde procede la causa de tan mortal efecto; así que, para guarecer destos males, la gran Misericordia de Dios ha de ser la maestra. [...] (IV, 10).

Muestra tanto las creencias científicas como las populares de su tiempo; pero, con la maestría, sutileza y eclecticismo característicos de su ingenio, deja entrever que, dependiendo del ser humano en sí mismo, a veces los estereotipos no se corresponden con la realidad. Podemos comprobarlo en los dos personajes que representan a la astrología judiciaria, en el siguiente apartado 3.5.1.

En cualquier caso, conviene observar la intervención de la Providencia divina. Y aunque Cervantes cree en el Diablo; también es consciente de las sugerencias sicosomáticas.

3.5.1. *Astrólogos Mauricio y Soldino*

Existían controversias sobre la astrología «judiciaria», que parece defender Cervantes a través de Mauricio y Soldino, dentro de los parámetros que éstos representan.

Mauricio

A Mauricio, padre de Transila, le otorga un gran protagonismo en los libros I y II, por cuanto interviene creando previamente el clímax que pretende imprimir a algunos de los episodios imprevistos. Mauricio dice de sí mismo:

Soy cristiano católico, y no de aquellos que andan mendigando la fe verdadera entre opiniones. Mis padres me criaron en los estudios, así de las armas como de las letras –si se puede decir que las armas se estudian–. He sido aficionado a la ciencia de la astrología judiciaria, en la cual he alcanzado famoso nombre. (I, 12).

Resulta significativo que uno de los capítulos con título sea precisamente: «Donde Mauricio sabe por la astrología un mal suceso que les avino en el mar».

El episodio en cuestión corresponde al reparto en dos barcos del grupo reunido en Golandia, con destino a Inglaterra. A punto de salir, Mauricio alerta de un peligro que se cierne sobre el viaje previsto, no «por borrasca ni tormenta del mar ni de tierra, sino por una traición, mezclada y aun forjada del todo de deshonestos y lascivos deseos». Ya en plena travesía, «puso los ojos en el cielo Mauricio [...] y de nuevo confirmó el peligro que les amenazaba, pero nunca supo atinar de qué parte les vendría.» Llegó a dudar de sí mismo, alegando: «yo, como viejo, en quien el temor tiene su asiento de ordinario, hasta los sueños me espantan; y plega a Dios que este mi sueño lo sea, que yo me holgaría de parecer viejo temeroso antes que verdadero judicario.» Pero el presagio se convierte en realidad, y es el propio Mauricio el que da la voz de alarma: «¡Sin duda nos anegamos! ¡Anegámonos sin duda!» En efecto, súbitamente el navío se vio anegado por el mar. La causa sale de los labios de un marinero, tras apuñalar a otro, diciendo: «esta pena te sirva a ti de castigo y a mí de escarmiento, a lo menos, el poco tiempo que me queda de vida». A continuación, él mismo se tira al mar sin admitir ayuda, mientras confiesa: «Oye, ¡oh Arnaldo!, la verdad que te dice este traidor, que en tal punto es bien que la diga: yo y aquel a quien me viste pasar el pecho [...] abrimos y taladramos este navío, con intención de gozar de Auristela y de Transila, recogiénolas en el esquife [...]» (I, 18-19).

Este naufragio provocado tendría final feliz, como esperaba Mauricio, a quien su condición de judicario le permitía saber «que aquel suceso no amenazaba muerte, sino descomodidades casi mortales».

Mauricio, junto con su hija Transila y Ladislao, marido de ésta, forma parte de los personajes que despiden el segundo libro; puesto que prefieren volver a su tierra. Más adelante, en la recapitulación que hace Arnaldo sobre personajes de los dos primeros libros, cuenta que «Mauricio y Ladislao su yerno, con su hija Transila, habían dejado su patria y pasádose a vivir más pacíficamente a Inglaterra». (IV, 8).

Soldino

La aparición del venerable ermitaño Soldino se produce en un mesón, donde la dueña lo recibe «hincándose ante él de rodillas». Agradece la reverente acogida, que acompaña de una alerta: «[...] Quiero acreditarme con vos en la opinión que de mí tenéis. Mirad hoy por vuestra casa, porque destas bodas y destos regocijos que en ella se preparan se ha de engendrar un fuego que casi toda la consuma». Y al comentario que oye sobre su condición de «mágico o adivino, pues predice lo por venir», dice de sí mismo: «No soy mago ni adivino, sino judicario, cuya ciencia, si bien se

sabe, casi enseña a adivinar. Creedme, señores, [...] y dejad esta estancia, y vamos a la mía.» (III, 18).

Los peregrinos siguen al anciano. Éste vivía en una cueva convertida en ermita que, a través de apenas ochenta gradas, iba a dar en un *locus amoenus*. Había dado un giro de 180 grados a su anterior vida, dedicada en gran parte a la milicia, según les comenta:

Aquí huyendo de la guerra hallé la paz [...]; aquí soy yo señor de mí mismo, aquí tengo mi alma en mi palma y aquí por vía recta encamino mis pensamientos y mis deseos al cielo. Aquí he dado fin al estudio de las matemáticas, he contemplado el curso de las estrellas y el movimiento del sol y de la luna [...], sin libros, con sola la experiencia que he adquirido con el tiempo de mi soledad. (III, 18).

Para demostrarles sus dotes adivinatorias, les dice uno a uno el futuro que les espera; si bien, pone de manifiesto su condición de católico practicante: «Cuando conviene recibo los sacramentos y busco lo que no pueden ofrecer los campos para pasar la humana vida [...], de la cual pienso salir a la siempre duradera.» (III, 18).

Dispuestos a salir de Francia, siguiendo las instrucciones de Soldino, comentaban los peregrinos tanto las profecías de éste como las de Mauricio, que les hacía sentirse «rodeados de adivinanzas y metidos hasta el alma en la judicaria astrología, que, a no ser acreditada con la experiencia, con dificultad le dieran crédito» (III, 19).

Quizás el eclecticismo propio de Cervantes actúe en defensa de ambos personajes, para evidenciar cómo la astrología judicaria no siempre debiera ser censurada negativamente; puesto que, como cualquier actividad o conocimiento humanos, dependía de la intención que movía a quien los cultivaba. De hecho, ambos astrólogos son católicos practicantes, y dejan entrever que sus presagios obedecen a influjo divino. Es obvia la actitud humilde que adopta Mauricio ante lo que prevé que va a suceder, admitiendo que puede tratarse de una falsa apreciación o simple sueño. En cuanto a Soldino, se siente capaz de hacer esas predicciones, a partir de su vida eremítica contemplativa. Por tanto, los dos actúan en nombre de Dios, al que pretenden servir. El mismo Jesucristo asegura: «A los que creyeren les acompañarán estas señales: en mi nombre echarán los demonios, hablarán lenguas nuevas [...], etc.» (Lucas 16: 17). Y san Pablo: «[...] A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad. A uno le es dada por el Espíritu la palabra de Sabiduría; a otro la palabra de ciencia [...].» (Corintios 12: 6-8).

3.5.2. Hechiceras: «licántropa»; Cenotia, encantadora y maga; hechicera judía¹⁰¹

A las hechiceras del Persiles, les toca la peor parte por sus diabólicas y perniciosas intervenciones, acordes con la sentencia: «El que no está conmigo está contra mí [...]» (Mateo 12: 30). A la primera se la presenta muy al principio con el italiano Rutilio, que aparece en la Isla Bárbara (I, 6), donde salva a muchos prisioneros del incendio. Había llegado como consecuencia de una historia peregrina, que él mismo relata. Era natural de Sena y maestro de danza. Se fugó con una alumna, prometida a un caballero de Florencia, lo cual mereció que ambos prófugos dieran con sus huesos en la cárcel. Condenado a muerte, aceptó convertirse en marido de una hechicera –que se le apareció de modo inaudito– para conseguir la libertad:

Túvela, no por hechicera, sino por ángel que enviaba el cielo para mi remedio. Esperé la noche [...]. Llegó a mí, y me dijo que asiese de la punta de una caña [...]. Moví los pies para seguirla y hallélos sin grillos y sin cadenas, y las puertas de toda la prisión de par en par abiertas. En saliendo a la calle, tendió en el suelo mi guiadora un manto, y mandóme que pusiese los pies en él [...]. Conocí que quería llevarme por los aires, y aunque como cristiano bien enseñado, tenía por burla todas estas hechicerías –como es razón que se tengan–, puse los pies en la mitad del manto [...], y el manto comenzó a levantarse en el aire, y yo comencé a temer poderosamente, y en mi corazón no tuvo santo la letanía a quien no llamase en mi ayuda.¹⁰² [...] Tocó el manto en el suelo, y mi guiadora me dijo:

–En parte estás, amigo Rutilio, que todo el género humano no podrá ofenderte. Y diciendo esto, comenzó a abrazarme no muy honestamente. [...] Divisé que la que me abrazaba era una figura de lobo, cuya visión me heló el alma [...]. Pero como suele acontecer que en los grandes peligros la poca esperanza de vencerlos saca del ánimo desesperadas fuerzas, las pocas mías me pusieron en la mano un cuchillo [...], y con furia y rabia se le hincó por el pecho a la que pensé ser loba, la cual, cayendo en el suelo, perdió aquella figura, y hallé muerta y perdiendo sangre a la desventurada encantadora. (I, 8).¹⁰³

101 También se incluye un episodio relacionado con el maleficio de Lorena contra un pariente suyo, el Conde Domicio, en venganza por no haberse casado con ella. Según cuenta Claricia, esposa del Conde, al ponerse éste una de las camisas regalo de la desdeñada, cayó en una peligrosa demencia que acabaría con su vida y pudo ser causa de otras muertes, si no interviniera Periandro para evitarlo. (Vs. III, 14-15). No se dice quién es el autor o autora del hechizo.

102 Viajar por los aires es una peculiaridad propia de las brujas, que a menudo se las representa montadas en escobas.

103 «Las metamorfosis bruñeriles que propone el autor son el reflejo de los tratados contra las supersticiones de la época [...]. Como la opinión más generalizada suponía que en las regiones septentrionales estas personas se convertían en lobos, Cervantes transforma a la bruja del *Persiles* en

La tierra a donde lo había transportado la hechicera era Noruega, país en el que consiguió ganarse la vida merced al encuentro con otro italiano establecido allí.¹⁰⁴ Sería más adelante, como consecuencia de un naufragio, cuando iría a parar a la Isla Bárbara.

Cenotia

Cenotia, a pesar de sus pretensiones, no es astróloga.¹⁰⁵ Ella dice de sí misma:

Mi nombre es Cenotia, soy natural de España, nacida y criada en Alhama, ciudad del reino de Granada. Salí de mi patria, habrá cuatro años, huyendo de la vigilancia que tienen los mastines veladores, que en aquel reino tienen del católico rebaño. Mi estirpe es agarena; mis ejercicios los de Zoroastes (sic por Zoroastro), y en ellos soy única. [...] En aquella ciudad de Alhama siempre ha habido alguna mujer de mi nombre, la cual, con el apellido de Cenotia, hereda esta ciencia, que no nos enseña a ser hechiceras, como algunos nos llaman, sino a ser encantadoras y magas. [...] Las que tenemos nombres de magas y de encantadoras, somos gente de mayor cuantía; tratamos con las estrellas, contemplamos el movimiento de los cielos, sabemos la virtud de las yerbas, de las plantas, de las piedras, de las palabras, y juntando lo activo a lo pasivo, parece que hacemos milagros [...]. Vine a esta isla por extraños rodeos [...]. Hice algunas maravillas, con que dejé maravillado al pueblo; procuré hacer vendible mi ciencia tan en mi provecho, que tengo juntos más de treinta mil escudos en oro [...]. (II, 8).

Toda esa fortuna que había amasado, la ofrecía a Antonio hijo, a cambio de que la hiciera suya, no necesariamente como esposa, sino como una simple esclava. Tras esta proposición, «se levantó para ir a abrazarle». La respuesta del impetuoso joven fue inmediata:

loba [...].» (GARROTE PÉREZ, *La naturaleza...*, 131). La explicación que da Mauricio sobre la «manía lupina» no resulta convincente, por cuanto según dice: «al que la padece, le parece que se ha convertido en lobo, y aúlla como lobo». (I, 18). Pero es Rutilio quien ve a la hechicera convertida en lobo...

104 Éste a su vez le informa de que en aquellas «septentrionales partes», abundaban ese tipo de hechiceras, añadiendo: «Cuéntase dellas que se convierten en lobos, así machos como hembras, porque de entrambos géneros hay maléficos y encantadores». (I, 92).

105 Rachel Schmidt somete el episodio representado por Cenotia y Antonio hijo, así como a ambos personajes, a una curiosa interpretación. (Rachel SCHMIDT, «La maga Cenotia y el arquero Antonio: el encuentro en clave alegórica en el Persiles», *eHumanista/Cervantes* 2 (2013): 19-35).

Antonio, viendo lo cual, [...] fue a tomar su arco, que siempre o le traía consigo o le tenía junto a sí, y poniendo en él una flecha, hasta veinte pasos desviado de la Cenotia, le encaró la flecha. No le contentó mucho a la enamorada dama la postura amenazadora de muerte de Antonio, y por huir el golpe desvió el cuerpo, y pasó la flecha volando por junto a la garganta [...]. Pero no fue el golpe de la flecha en vano, porque a este instante entraba por la puerta de la estancia el maldiciente Clodio, que le sirvió de blanco y le pasó la boca y la lengua, y le dejó la vida en perpetuo silencio.¹⁰⁶ (II, 8).

El violento rechazo de Antonio pronto sería vengado con las malas artes de Cenotia. «De allí a dos días se sintió mal dispuesto, y cayó en la cama con tanto descaecimiento, que los médicos dijeron que se le acababa la vida, sin conocer de qué enfermedad.» (II, 9). Al fin, logró hacerla desistir de su empeño la «cólera española» de Antonio padre, que blandiendo una daga la amenazó con firme determinación: «—Dame, ¡oh hechicera!, a mi hijo vivo y sano, y luego; si no, haz cuenta que el punto de tu muerte ha llegado.» (II, 11).

La amenaza hizo su efecto; pero la perversa Cenotia no se dio por vencida y maquinó otra estratagema, que pretendía satisfacer su lascivo apetito y la obsesión del rey Policarpo por casarse con Auristela. Consistió en incendiar el palacio, donde se encontraban, además, Periandro, Antonio-Ricla e hijos, Transila con su padre y esposo, Arnaldo y Rutilio. El resultado no pudo ser más nefasto: fuga de los huéspedes —avisados por la hija menor del rey—; destronamiento de Policarpo y muerte de Cenotia, colgándola de una entena. (Vs. II. 17).

*Judía (¿Julia?)*¹⁰⁷

La hechicera esposa de Zabulón, un judío que proporcionaba alojamiento a peregrinos, actúa a instancias de Hipólita la Ferraresa, mujer principal italiana, tan bella como libertina, que pretende deshacerse de Auristela para conseguir el amor de Periandro (Vs. ap. 3.1.). La tal Hipólita cuenta a su vez con la complicidad del calabrés Pirro, facineroso a su servicio, que a punto está de acabar con la vida de Persiles, clavándole la espada (Vs. IV, 13).

106 Se cumple en este caso el tópico literario de la «justicia poética». Clodio, maldiciente y enredoso, está a punto de causar un gran daño a la pareja protagonista; su muerte, por tanto, desempeña un papel liberador. Es el personaje hacia cuya personalidad demuestra Cervantes mayor animadversión.

107 Existen discrepancias respecto a transcribir en IV,10 como judía o Julia a esta hechicera, de la cual en IV,8 no se da el nombre; simplemente, se dice que el judío Zabulón «tenía una mujer de la mayor fama de hechicera que había en Roma.»

3.6. Arnaldo, príncipe de Dinamarca

Hemos dejado para el final este personaje de singular relevancia, que se encuentra en los cuatro libros, actuando en cierto modo como hilo conductor. Del principio al fin, mantiene el firme propósito de convertir a Auristela en su esposa para que, como tal, comparta con él el trono de Dinamarca, del cual es único heredero. La prudencia, sagacidad e inteligente mediación de Periandro permite que permanezca esperanzado, respetando discretamente la honesta distancia que se le impone hasta que la joven cumpla su voto de peregrinación a Roma, como queda patente en la siguiente argumentación:

Mi hermana y yo vamos llevados del destino y de la elección a la santa ciudad de Roma, y hasta vernos en ella, parece que no tenemos ser alguno, ni libertad para usar de nuestro albedrío. Si el cielo nos llevare a pisar la santísima tierra y adorar sus reliquias santas, quedaremos en disposición de disponer de nuestras hasta ahora impedidas voluntades, y entonces será la mía toda empleada en servirte. (I, 16).

En IV,8, Arnaldo reaparece en Italia tras una larga ausencia de servicio a su patria, dispuesto a reencontrarse con Auristela. Ofrece entonces una curiosa recopilación, que permite conocer la situación de muchos de los personajes, cuyas intervenciones se habían dado por finalizadas en libros y capítulos anteriores.

Cuando al final se descubre la identidad de Persiles y Sigismunda, llamados a compartir sus respectivos reinos, Arnaldo ha de conformarse con que su esposa sea Eusebia, hermana menor de aquélla. En todo momento, se hace palpable su caballerosidad y nobleza, como corresponde a la caracterización que Cervantes considera atribuible a la realeza.

4. PORTAVOCES DE LA RELIGIOSIDAD DE CERVANTES

Según afirma Lozano-Renieblas: «La religión pasa a ser un componente de primer orden en la forja del carácter de los personajes del *Persiles*.»¹⁰⁸ Barros Campos, por su parte, pone de manifiesto cómo «Cervantes lleva a sus obras, conscientemente, sus propias vivencias, sus sentimientos religiosos [...], a través de las conversaciones y expresiones de los personajes de sus novelas.»¹⁰⁹ En efecto, Cervantes se vale de los personajes para expresar su religiosidad; interviniendo incluso directamente con reflexiones que aporta desde su condición de autor.

¹⁰⁸ LOZANO-RENIEBLAS, *Cervantes y el mundo del «Persiles»...*, 173.

¹⁰⁹ BARROS CAMPOS, «Cervantes, escritor de la Contrarreforma», 52.

Es indiscutible el «marcado carácter religioso» que traslucen las últimas obras cervantinas, de modo singular *La española inglesa* y *El Persiles*.

Cervantes se vigila, pone freno a su espontáneo sentir y pensar cuando advierte que no se ajustan al catolicismo tridentino, o procura compensar las extralimitaciones insistiendo más que nunca en su conformidad con la ortodoxia. [...] Por otra parte, descargado de belicosidad, el catolicismo de Cervantes es ahora más comprensivo que veinte años atrás.¹¹⁰

Pero, además, a través de los personajes que, con mayor o menor intervención, protagonizan su novela del a-Dios, Cervantes va plasmando la religiosidad que da sentido a su existencia, apoyada en una fe que incluso trasciende de los dogmas y normas propios de la religión católica, a la cual se siente vinculado; «proclamada explícitamente muchas veces, de un modo casi doctrinal, en pasajes que se acercan a una enumeración precisa de los artículos de la fe, casi fragmentos de un tratado de teología. Lo cual es significativo en el último libro de Cervantes, literalmente al final de su vida.»¹¹¹ Mediante los enunciados que siguen, se muestran ejemplos de esa estrategia cervantina, que algunos quizás pudieran atreverse a calificar de «coaching espiritual», por cuanto, además de entretener, parece que revelan efectivamente una intencionalidad doctrinal para quienes quieran –o sepan– aprovecharla.

4.1. Catequesis

Ricla, la esposa de Antonio, relata con orgullo la catequesis que recibió de su marido antes de unirse en matrimonio:

Diome agua de bautismo en aquel arroyo [...], declaróme su fe como él la sabe. [...] Creo en la Santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, tres personas distintas y que todas tres son un solo Dios verdadero [...]. Finalmente, creo todo lo que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana, regida por el Espíritu Santo y gobernada por el Sumo Pontífice, vicario y visorrey de Dios en la tierra, sucesor legítimo de San Pedro [...]. Díjome grandezas de la siempre Virgen María, reina de los cielos y señora de los ángeles y nuestra, tesoro del Padre, relicario del Hijo y amor del Espíritu Santo, amparo y refugio de los pecadores. (I, 6).

110 LAPESA, «En torno a», 251- 252.

111 Julián MARÍAS, *Cervantes clave española* (Madrid: Alianza Editorial, 1990), 207.

Más extensa es la catequesis que recibe en Roma la pareja protagonista, por parte de los penitenciaros:

Comenzaron desde la invidia y soberbia de Lucifer, y de su caída [...]. Discurrieron por la verdad de la creación del hombre y del mundo, y por el misterio sagrado y amoroso de la Encarnación, y, con razones, sobre la razón misma, bosquejaron el profundísimo misterio de la Santísima Trinidad. [...] Mostráronle la muerte de Cristo, los trabajos de su vida, desde que se mostró en el pesebre hasta que se puso en la cruz. Exageráronle la fuerza y eficacia de los sacramentos y señalaron con el dedo la segunda tabla de nuestro naufragio, que es la penitencia, sin la cual no hay abrir la senda del cielo [...]. Mostráronle asimismo a Jesucristo, Dios vivo, sentado a la diestra del Padre, estando tan vivo y entero como en el cielo sacramentado en la tierra. [...] Aseguráronle infaliblemente la venida deste Señor a juzgar el mundo [...]. Trataron del poder del Sumo Pontífice, visorrey de Dios en la tierra [...]. Finalmente, no les quedó por decir cosa que vieron que convenía para darse a entender [...]. (IV, 5).

4.2. Culto y devociones

En la Isla de las Ermitas, donde Renato y Eusebia habían mantenido su matrimonio en castidad durante casi diez años (Vs. ap. 3.3.3.), el altar de la ermita que ocupa Renato permite deducir algunas de las imágenes que despertaban devoción en Cervantes:

Entraron dentro y, en la [ermita] que parecía algo mayor, hallaron luces, que de dos lámparas procedían, con que podían distinguir los ojos lo que dentro estaba, que era un altar con tres devotas imágenes: la una, del Autor de la vida, ya muerto y crucificado; la otra, de la Reina de los cielos y de la señora de la alegría, triste y puesta en pie del que tiene los pies sobre todo el mundo y, la otra, del amado discípulo que vio más, estando durmiendo, que vieron cuantos ojos tiene el cielo en sus estrellas.¹¹² (II, 19).

El arribo a la Península, concretamente a Lisboa, llena de emoción a los viajeros, especialmente al grupo familiar de Ricla-Antonio «porque les pareció que ya habían llegado a la tierra de promisión que tanto deseaban». (III, 1). Antonio, abrazado a su esposa, le dice:

112 Clara referencia a S. Juan Evangelista y su *Apocalipsis*.

–Agora sabrás, Bárbara mía, del modo que has de servir a Dios, con otra relación más copiosa, aunque no diferente, de la que yo te he hecho; agora verás los ricos templos en que es adorado; verás juntamente las católicas ceremonias con que se sirve, y notarás cómo la caridad cristiana está en su punto.

Peregrinos por España, admiran el Monasterio de Guadalupe, donde «hincados de rodillas, se pusieron a adorar a Dios sacramentado y a suplicar a su santísima Madre que, en crédito y honra de aquella imagen fuese servida de mirar por ellos». El inmaculismo defendido por Duns Scoto, se revela en los versos siguientes:

Antes que de la mente eterna fuera
saliesen [los] espíritus alados
y antes que la veloz o tarda esfera
tuviese movimientos señalados,
y antes que aquella oscuridad primera
los cabellos del sol viese dorados,
fabricó para sí Dios una casa
de santísima y limpia y pura masa
..... (III, 5).¹¹³

La entrada en la «ciudad de Roma», venerada como «ciudad de Dios», inspira a un poeta que sale al paso de los peregrinos el siguiente soneto:

¡Oh grande, oh poderosa, oh sacrosanta
alma ciudad de Roma! A ti me inclino,
devoto, humilde y nuevo peregrino
a quien admira ver belleza tanta.
Tu vista, que a tu fama se adelanta,
al ingenio suspende, aunque divino,
de aquel que a verte y adorarte vino
con tierno afecto y con desnuda planta.
La tierra de tu suelo, que contemplo
con la sangre de mártires mezclada,
es la reliquia universal del suelo.

113 Se reproduce sólo la primera estrofa de las doce estancias que comprende este poema, por razones de espacio, a la vez que es suficientemente definitoria con respecto al entonces misterio –hoy dogma– de la Inmaculada. De igual modo que los más importantes escritores de su tiempo, Cervantes sigue al teólogo franciscano Duns Escoto: «potuit, deuit, ergo fecit» (Vs.: María Isabel BARBEITO CARNEIRO, «El Madrid inmaculista», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 44 (2004): 483-496).

No hay parte en ti que no sirva de ejemplo
de santidad, así como trazada
de la ciudad de Dios al gran modelo.¹¹⁴ (IV, 3).

4.3. Confesiones de Fe

Cloelia, aya fiel de Sigismunda y primera mujer que se cita en la novela, moría en la Isla Bárbara cuando acababa de producirse su liberación, incapaz de soportar tantas penalidades para su avanzada edad. Encarece a la que ha de llamar Auristela, que difunda entre los suyos cómo muere cristiana «en la fe de Jesucristo y en la que tiene, que es la misma, la santa Iglesia Católica Romana.» (I, 5).

Parece superponerse la voz de Cervantes cuando afirma Mauricio (Vs. ap. 3.1): «Soy cristiano católico, y no de aquellos que andan mendigando la fe verdadera entre opiniones.» (I, 12).

La aventura del conde hechizado,¹¹⁵ que pone en trance de muerte a Periandro, hace exclamar a éste en brazos de Auristela: «Hermana, yo muero en la fe católica cristiana.» (III, 15).

4.4. Providencia divina

El providencialismo cervantino queda reflejado en frases como: «nunca los cielos aprietan tanto los males que no dejen alguna luz con que se descubra la de su remedio.» (II, 6).

Las desgracias relatadas por Renato en su refugio eremítico suscitan admiración en los oyentes, «no porque les pareciese nuevo dar castigos el cielo contra la esperanza de los pensamientos humanos, pues se sabe que por una de dos causas vienen los que parecen males a las gentes: a los malos, por castigo, y a los buenos, por mejora.» (II, 19).

4.5. Arrepentimiento y perdón

La misericordia divina se patentiza a lo largo de la obra; siendo el arrepentimiento sincero «la mejor medicina que tienen las enfermedades del alma». No obs-

114 Es un soneto escrito en desagravio de otro vituperable, a cuyo autor anatematiza Cervantes, por boca de un peregrino poeta, en los siguientes términos: «la culpa de su lengua pagará su garganta, si le cogieran. Yo, no como poeta, sino como cristiano, casi como en descuento de su cargo, he compuesto el que habéis oído.» (IV, 3). Para mayor información, véase: Miguel DE CERVANTES, *Los trabajos de Persiles...*, Ed. de C. ROMERO MUÑOZ, Apéndice XXX, 744-745.

115 Vs. nota al pie 100.

tante, Antonio padre advierte las escasas vías de perdón que existen para una lengua maldiciente como es la de Clodio:

No hay pecado tan grande ni vicio tan apoderado, que con el arrepentimiento no se borre o quite del todo. La lengua maldiciente es como espada de dos filos, que corta hasta los huesos, o como rayo del cielo, que, sin romper la vaina, rompe y desmenuza el acero que cubre; y, aunque las conversaciones y entretenimientos se hacen sabrosos con la sal de la murmuración, todavía suelen tener los dejos las más veces amargos y desabridos. Es tan ligera la lengua como el pensamiento y, si son malas las preñeces de los pensamientos, las empeoran los partos de la lengua y, como sean las palabras como las piedras que se sueltan de la mano, que no se pueden revocar ni volver a la parte donde salieron hasta que han hecho su efecto, pocas veces el arrepentimiento de habellas dicho menoscaba la culpa del que las dijo, aunque ya tengo dicho que un buen arrepentimiento es la mejor medicina que tienen las enfermedades del alma.» (I, 14).

Ya en ruta, cerca de Talavera, topan con un polaco que les cuenta su historia, la cual ejemplifica dos tipos de comportamiento. El primero, corresponde a su estancia en Portugal, donde, espontáneamente, mata a un joven provocador que le sale al paso con intolerable arrogancia. En su huida, entra a cobijarse en la casa de doña Guiomar de Sosa, madre del muerto, que lo acoge y oculta; sin sospechar ambos su respectiva relación con el infortunado. La Justicia encargada de la persecución del asesino, será quien aclare lo ocurrido a la angustiada señora que, fiel a sus creencias cristianas, no descubre al agresor. Por el contrario, argumenta: «plegue a Dios que no le hallen, porque mal se remedia una muerte con otra, y más cuando las injurias no proceden de malicia». A mayor abundamiento, facilita la fuga del homicida, mediante la entrega de cien escudos. (Vs. III, 6).

Un nuevo ejemplo de perdón, al que se une el interés por morir haciendo el bien, lo representa el conde que decide su matrimonio con Constanza *in articulo mortis*, según queda relatado (Vs. ap. 3.2.). Así se refiere a los que inopinadamente acaban con su vida:

No me pesa de mi muerte, si no es por las que ha de costar, si por justicia o por venganza quisiere castigarse. Con todo esto, por hacer lo que en mí es y todo aquello que de mi parte puedo, como caballero y cristiano, digo que perdono a mi matador y a todos aquellos que con él tuvieron culpa. (III, 9).

4.6. Templanza

La segunda parte del polaco perdonado por la madre de su víctima, sucede quince años después. Tras ese espacio de permanencia en las Indias, regresa a España. Es entonces cuando se dice que su nombre es Ortel Banedre. En Talavera, se enamora de una moza de mesón llamada Luisa, con la que contrae matrimonio. Ésta se fuga con su antiguo novio, lo cual no tolera el polaco, que decide matarlos. Es Periandro quien utiliza una sentenciosa argumentación para disuadir al marido burlado, que cierra con la siguiente monición: «[...] Y finalmente, quiero que consideréis que vais a hacer un pecado mortal en quitarles las vidas, que no se ha de cometer por todas las ganancias que la honra del mundo ofrezca.» (III, 6-7).

Cuando Antonio hijo mata por error al maldiciente Clodio, en lugar de la hechicera Cenotia que intentaba seducirlo, su padre le reprueba inmediatamente el arrebatado de ira, objeto de tan fatal consecuencia:

Si tanto presumes de casto y honesto, defiende tu castidad y honestidad con el sufrimiento, que los peligros semejantes no se remedian con las armas ni con esperar los encuentros, sino con huir de ellos. [...] No digo yo que ofendas a Dios en ningún modo, sino que reprehendas y no castigues, a las que quisieren turbar tus honestos pensamientos; y aparéjate para más de una batalla, que la verdura de tus años y el gallardo brío de tu persona con muchas batallas te amenazan. (II, 9).

Cenotia se venga sañudamente, lo cual obliga a que el padre actúe poniendo a salvo al hijo imprudente (Vs. ap. 3.5.2.), que recibe una nueva amonestación:

–[...] Se encaminan mis razones a aconsejarte que no ofendas a Dios en ninguna manera; y bien habrás echado de ver esto en quince o dieciséis años que ha que te enseñó la ley que mis padres me enseñaron, que es la católica, la verdadera y en la que se han de salvar y se han salvado todos los que han entrado hasta aquí y han de entrar de aquí adelante en el reino de los cielos. Esta santa ley nos enseña que no estamos obligados a castigar a los que nos ofenden, sino a aconsejarlos la enmienda de sus delitos: que el castigo toca al juez y, la reprehensión, a todos, como sea con las condiciones que después te diré. (II, 11).

4.7. Ecuanimidad

Es incuestionable la ecuanimidad cervantina en cuanto a su forma indiscriminada de ver al ser humano. Un ejemplo de que la bondad no depende de la raza ni de la

condición social, lo representan los moriscos Jarife y Rafala. Cuando el grupo de peregrinos, recién llegados a Valencia, están a punto de caer en la falsa acogida de otros moriscos, es la hija de uno de ellos, quien les alerta del peligro:

[...] Salid luego desta casa y acogedos a la iglesia, que en ella hallaréis quien os ampare, que es el cura, que sólo él y el escribano son en este lugar cristianos viejos. Hallaréis allí al jadraque Jarife, que es un tío mío, moro sólo en el nombre, y en las obras cristiano. Contaldes lo que pasa, y decid que os lo dijo Rafala, que con esto seréis creídos y amparados. (III, 11).

4.8. Vida retirada

«¡Oh vida solitaria, santa, libre y segura, que infunde el cielo en las regaladas imaginaciones! ¡Quién te amara, quién te abrazara, quién te escogiera, y quién, finalmente, te gozara!» (II, 19), exclama Cervantes por boca de Rutilio, al que aprueba la decisión de quedarse como ermitaño en la Isla de las Ermitas, para sustituir a Renato y Eusebia.

4.9. Ante la muerte

El comienzo de la novela es sumamente revelador. Todavía innominado, el que luego se presentará con el nombre de Periandro irrumpe como un joven de insólita belleza, al que hacen emerger de una lóbrega mazmorra, sin mostrar angustia tras dos días de horrendo encierro,

antes con ojos al parecer alegres, alzó el rostro y miró al cielo por todas partes y, con voz clara y no turbada lengua, dijo:

–Gracias os hago, ¡oh inmensos y piadosos cielos! de que me habéis traído a morir adonde vuestra luz vea mi muerte, y no adonde estos oscuros calabozos, de donde agora salgo [...]. Bien querría yo no morir desesperado, a lo menos porque soy cristiano [...]. (I, 1).

Antonio padre, cuando explica los avatares que lo llevaron a la Isla Bárbara, pone de relieve su principal motivo de angustia, al verse en el mar a la deriva ante un fin inminente: «Reiteré plegarias, añadí promesas, aumenté las aguas del mar con las que derramaba de mis ojos, no de temor de la muerte, que tan cercana se me mostraba, sino por el de la pena que mis malas obras merecían.» (I, 5).

Cloelia, a cuya muerte ya se ha hecho referencia en «Confesiones de fe», si bien hubiera querido que su vida durara hasta ver resuelto el destino de la que sentía

como hija propia, acata la voluntad divina diciendo: «si no lo permite el Cielo, mi voluntad se ajusta con la suya». Se despide con el consuelo de tener entre las suyas la mano de su querida Sigismunda y de morir «en la fe de Jesucristo» (I, 5), como queda dicho supra. Antes de abandonar la isla, en su sepultura se coloca una cruz «para señal de que aquel cuerpo había sido cristiano.» (I, 6).

En un momento de desesperación, sin Periandro, náufraga y «sin arrimo, si no el que le ofrecía su congoja», Auristela piensa en la muerte, «a quien ella de buena gana se entregara si lo permitiera la cristiana y católica religión.» (II, 1).

4.10. Teocentrismo

La idea esencial, respecto al cristianismo de Cervantes, queda reflejada al comienzo del tercer libro del *Persiles*, donde se inicia la peregrinación propiamente dicha desde Lisboa hasta Roma. Es Cervantes autor quien la expone: «Como están *nuestras almas* siempre en continuo movimiento, y *no pueden parar ni sosegar sino en su centro que es Dios* [...]» (III, 1).¹¹⁶ Insiste en el cuarto libro a través de Sigismunda: «*Nuestras almas*, como tú bien sabes y como aquí me han enseñado, siempre están en continuo movimiento y *no pueden parar sino en Dios, como en su centro.*»¹¹⁷ (IV, 10).

Las últimas voces portadoras de la religiosidad de Cervantes, proceden de la pareja protagonista en el libro IV (Vs. ap. 3.1.). Es sintomático que el broche eclesial de la peregrinación lo represente Sigismunda en el último párrafo de la novela, como se resalta en el epílogo.

5. EPÍLOGO

El hombre que ha conseguido superar sus amarguras y encontrarse por fin *del otro lado de las cosas*, en el modo de existencia transpersonalizado del que precisamente sabe ya todo lo que puede dar de sí la vida, pero que sin embargo la contempla como un inmenso juego, un juego de bellezas, de alusiones, de gra-titudades, de gravedades, de urgencias y de calmas..., este hombre percibe con toda evidencia que todo, aún lo peor, tiene un sentido que no se agota en su mera facticidad, que todo es bueno y hondo y sabroso, rico de sabores, de sapidez, de

116 «La palabra *centro* se haría pronto común en la literatura espiritual y profana española de la Edad de Oro. *Fondo y cima* del alma son dos aspectos de la misma realidad. Francisco de Osuna en el Tercer Abecedario, tratado VI, Cap. 3 manifiesta que “Dios se esconde en lo secreto del corazón del hombre”» (Vs.: ANDRÉS, *Los recogidos...*, 136). En Cervantes, esta idea se encuentra firmemente arraigada, como vemos cuando la repite por boca de Auristela.

117 Los subrayados en cursiva son míos.

sapiencia, de ecos eternos y alusiones inescrutables [...], que desde lo más profundo de su centro brota.¹¹⁸

Luis Cencillo, cuando escribió ese texto sobre quienes descubren el sentido profundo de la vida, no pudo imaginar que estaba retratando con asombrosa precisión al autor objeto de este artículo.

Tampoco Miguel de Cervantes Saavedra, cuando comenzó *Los trabajos de Persiles, y Sigismunda, Historia Setentrional*, pudo imaginar que tanto él como su creatura se unirían hasta tal extremo en la peregrinación, que llegarían juntos a la meta final.

El paralelismo entre la ficción que recrea los ideales del autor y la realidad impuesta por las circunstancias de su complejo peregrinar, sugiere ¡cuántos anhelos y frustraciones, quedarán ocultos para siempre en las múltiples metáforas que comprende esta gran alegoría!... Es obvio que el ingenio cervantino trasciende a la Contrarreforma. Los escritores excelsos corrían el peligro de incurrir en sospechas heréticas por parte de los censores, excesivamente cautelosos, dogmáticos o –quizás– carentes del saber necesario...

¡Cuánto le quedó por decir al novelista moribundo en el último párrafo, inconexo e incompleto! Obsérvese:

Persiles depositó a su hermano en San Pablo,¹¹⁹ recogió a todos sus criados, volvió a visitar los templos de Roma, *acarició a Constanza*,¹²⁰ a quien Sigismunda dio

118 Luis CENCILLO, *Tratado de la intimidad y de los saberes* (Madrid: Publicaciones del Seminario de Historia de los sistemas filosóficos de la Universidad de Madrid, 1971), 404-405.

119 La Basílica de San Pablo Extramuros es una de las cuatro basílicas papales de Roma. Todas tienen una puerta santa y un altar papal. Las otras tres basílicas mayores son San Pedro, San Juan de Letrán y Santa María la Mayor.

La Basílica de San Pablo, en 1980, fue incluida en la lista de monumentos «Patrimonio de la Humanidad» por la UNESCO. Es la iglesia más grande de Roma, después de San Pedro, y hasta la reconstrucción de ésta, era la mayor. Está fuera de las murallas de Roma. La edificó Constantino sobre una capilla funeraria que existía para custodiar la tumba del Apóstol. Fue consagrada por el Papa Silvestre I el año 324. Siguiéron sucesivas reconstrucciones y enriquecimientos. Después de la reforma luterana (1517) y el saqueo de Roma por Carlos V (1527), tuvo lugar el Concilio de Trento, concluido en 1563, que confirmó a Roma como capital del Estado Pontificio, si bien, desde entonces, la figura del Papa vio disminuida su influencia sobre la política europea. El período que sucedió al Concilio de Trento se caracterizó por una renovación urbanística de la ‘Ciudad Eterna’. El verdadero artífice de la gran obra de modernización arquitectónica, cultural y económica de Roma fue el papa Sixto V (1585-1590). En 1626, se inauguró la Basílica de San Pedro, emblema del dominio papal. La razón del nuevo trazado urbanístico era crear un trazado cómodo para que los peregrinos pudieran visitar más fácilmente las siete basílicas principales.

120 El subrayado es mío.

la cruz de diamantes y la acompañó hasta dejarla casada con el conde su cuñado y, habiendo besado los pies al Pontífice, sosegó su espíritu y cumplió su voto, y vivió en compañía de su esposo Persiles hasta que bisnietos le alargaron los días, pues los vio en su larga y feliz posteridad.

¿Quién acarició a Constanza?, ¿Persiles, o Sigismunda, actante de todo lo que sigue? La omisión es indudable, como indudable también que su convicción de una muerte inminente le exigía cerrar la obra. Pero, a pesar del pulso y pluma vacilantes, consiguió dejar para la posteridad el libro en que había puesto las mayores ilusiones, el mejor, según su propia valoración. Y entre las lecturas que sugiere el a-Dios de ese último párrafo, cabe intuir que, una vez escrito el ‘besapiés’ de Sigismunda al Pontífice, también Cervantes «sosegó su espíritu», al evidenciar –como Teresa de Jesús– que moría «hijo de la Iglesia».

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD PÉREZ, Antolín. «Nuestra Señora de la Esperanza de Ocaña. Su Cronista, el P. Eusebio González de Torres». *Archivo Ibero-Americano* 62, nº 241-242 (2002): 225-250.
- ÁLVAREZ, Diego. *Chronica Seráfica dta. Provinc^a. de Castilla*. Mss. S. XVIII (ca. 1760), 3 vols. 31 cms. (enc. pergamino). Conservado en el Archivo Franciscano Ibero-Oriental de Madrid.
- AMEZCUA VIEDMA, Cesáreo. *Coaching espiritual*. Madrid: San Pablo, 2016.
- ANDRÉS MARTÍN, Melquiades. *Los recogidos. Nueva visión de la Mística española (1500-1700)*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1976.
- AVALLE-ARCE, Juan Bautista. «Introducción, biografía y crítica». En Miguel de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, 7-32. Madrid: Clásicos Castalia, 1992.
- BARBEITO CARNEIRO, María Isabel. «El Madrid immaculista». *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 44 (2004): 471-496.
- BARBEITO CARNEIRO, María Isabel. «Maestras iletradas». *Via Spiritus* 7 (2000): 203-225.
- BARBEITO CARNEIRO, Isabel. *Mujeres del Madrid Barroco, Voces testimoniales*. Madrid: horas y Horas, 1992.
- BARBEITO CARNEIRO, María Isabel. *Mujeres y Literatura del Siglo de Oro (Espacios profanos y espacios conventuales)*. Madrid: SAFEKAT, 2007.
- BARROS CAMPOS, José. «Cervantes, escritor de la Contrarreforma española». *Anales Complutenses* 26 (2014): 47-81.
- BARROS CAMPOS, José. *Arganda del Rey, cuna de Miguel de Cervantes*.¹²¹ Arganda del Rey: Ayuntamiento, 2016.
- BATAILLON, Marcel. *Erasmus y España*. México: Fondo de Cultura Económica, 1966.

121 El autor sostiene que Cervantes nació en la casa de su abuela materna residente en Arganda, que era entonces una aldea de Alcalá.

- BELTRÁN Y RÓZPIDE, Ricardo. *La pericia geográfica de Cervantes demostrada con la historia de los Trabajos de Persiles y Sigismunda*. Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica. Madrid: Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militares, 1924.
- BLECUA, Alberto. «Introducción». En Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, VII-XXXVI. Madrid: Planeta, 1994.
- CARILLA, Emilio. «La novela bizantina en España». *Revista de Filología Española* 49 (1966): 275-287.
- CASALDUERO, Joaquín. *Sentido y forma de «Los trabajos de Persiles y Sigismunda»*. Madrid: Editorial Gredos, 1975.
- CASTRO, Américo. *El pensamiento de Cervantes*. Madrid: Editorial Hernando, 1925.
- CENCILLO, Luis. *Tratado de la intimidación y de los saberes*. Madrid: Publicaciones del Seminario de Historia de los sistemas filosóficos de la Universidad de Madrid, 1971.
- CERVANTES SAAUEDRA, Miguel de. *El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha*. Madrid: Iuan de la Cuesta, 1605.
- CERVANTES SAAUEDRA, Miguel de. *Segunda parte del ingenioso caballero Don Quixote de la Mancha*. Madrid: Iuan de la Cuesta, 1615.
- CERVANTES SAAUEDRA, Miguel de. *Los trabajos de Persiles y Sigismunda, Historia Setentrional*. Madrid: Iuan de la Cuesta, 1617.
- CERVANTES [SAAVEDRA], Miguel de. *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Edición de Juan Bautista Avalle-Arce. Madrid: Castalia, 1969.
- CERVANTES [SAAVEDRA], Miguel de. *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Edición de Carlos Romero Muñoz. Madrid: Cátedra, 2016.
- CERVANTES [SAAVEDRA], Miguel de. *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Texto crítico de Laura Fernández, notas a pie de página de Ignacio García Aguilar, notas complementarias de Carlos Romero Muñoz, estudio de Isabel Lozano-Renieblas y Laura Fernández. Madrid: Real Academia Española, 2017.
- CERVANTES [SAAVEDRA], Miguel de. «Novela de la española inglesa». En *Novelas ejemplares*, 234-292. Barcelona: Editorial Planeta, 1994.
- CERVANTES [SAAVEDRA], Miguel de. *Obras dramáticas*. Estudio preliminar y edición de Don Francisco Ynduráin. Biblioteca de Autores Españoles CLVI. Madrid: Eds. Atlas, 1962.
- CIRUELO, [Pedro]. *Reprobación de las supersticiones y hechizarias. Libro muy vtil, y necesario a todos los buenos christianos*. Medina del Campo: Guillermo de Millis, 1551.
- COBARRUVIAS, Sebastián de.¹²² *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*. Facsímil de la edición de 1611. Madrid: Ediciones Turner, 1977.
- CURTIUS, Ernst Robert. *Literatura europea y Edad Media Latina*. Vols. 1-2. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Del Saber de las Estrellas: libros de Astronomía en la Biblioteca Complutense*. Madrid: Biblioteca Histórica UCM, 2009.
- EGIDO, Teófanos, ed. *Lutero. Obras*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1977.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. *Cervantes visto por un historiador*. Madrid: Espasa, 2005.

122 El apellido está escrito así en la portada de la edición *princeps*, reproducida por la Editorial Turner. Con rigor bibliográfico, lo transcribe a su vez en la cubierta. En ediciones posteriores, se escribe Covarrubias.

- GARAU, Jaume. «A vueltas con la ortodoxia cervantina en el *Persiles*». En *El Parnaso de Cervantes y otros Parnasos*. Editado por Abraham Madroñal y Carlos Mata Induráin, 13-35. New York: Idea, 2017.
- GARROTE PÉREZ, Francisco. *La naturaleza en el pensamiento de Cervantes*. Salamanca: Ediciones Universidad, 1979.
- GIL LÓPEZ, Ernesto. «Artes adivinatorias, brujerías y hechizos en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*». En *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas (V-CINDAC)*, 2 vols. Editado por Alicia Villar Lecumberri. 1:413-433. Palma de Mallorca: Asociación de Cervantistas, 2004.
- GONZÁLEZ DE AMEZÚA, Agustín. *Cervantes creador de la novela corta española*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1956.
- GONZÁLEZ ROVIRA, Javier. *La novela bizantina española de la Edad de Oro*. Madrid: Gredos, 1996.
- HUARTE DE SAN JUAN, Juan. «Examen de ingenios para las ciencias», noticia preliminar por Mariela Szirko, en *Electroneurobiología* 3, 2 (1996): 1-322.
- LAPESA, Rafael. «En torno a *La española inglesa* y el *Persiles*». En *De la Edad Media a nuestros días*, 242-263. Madrid: Editorial Gredos, 1971.
- LOZANO-RENIÉBLAS, Isabel. *Cervantes y el mundo del «Persiles»*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1998.
- LOZANO-RENIÉBLAS, Isabel. *Cervantes y los retos del «Persiles»*. Salamanca: SEMYR, 2014.
- LOZANO-RENIÉBLAS, Isabel. «Estudio». En *Cervantes [Saavedra], Miguel de. Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, 443-502. Madrid: Real Academia Española, 2017.
- MARIAS, Julián. *Cervantes clave española*. Madrid: Alianza Editorial, 1990.
- MARKALE, Jean. *La vida, la leyenda, la influencia de Leonor de Aquitania*. Barcelona: Lunas, 1992.
- MARTÍN ABAD, Julián. *La Imprenta en Alcalá de Henares (1502-1600)*. Vols. 1-3. Madrid: Arco/Libros, 1991.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. *Orígenes de la novela*. Vol. 1. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), 1962.
- MONTERO REGUERA, José. «Entre tantos adioses: una nota sobre la despedida cervantina del *Persiles*». En *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas (V-CINDAC)*, 2 vols. Editado por Alicia Villar Lecumberri. 1:721-735. Palma de Mallorca: Asociación de Cervantistas, 2004.
- MONTERO REGUERA, José. *Miguel de Cervantes. Una literatura para el entretenimiento*. Madrid: Montesinos, 2007.
- NIETO GARCÍA, María Dolores. «Estructura funcional y moral cristiana en el *Persiles*». En *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas (V-CINDAC)*, 2 vols. Editado por Alicia Villar Lecumberri. 1:738-751. Palma de Mallorca: Asociación de Cervantistas, 2004.
- OROZCO, Emilio. *Manierismo y Barroco*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1975.
- PABLO MAROTO, Daniel de. «El índice de libros prohibidos en el Concilio de Trento». *Revista Española de Teología* 36 (1976): 39-64.
- REY HAZAS, Antonio. «La palabra ‘católico’: cronología y afanes cortesanos en la obra última de Cervantes». *Tus obras los rincones descubren. Actas del VI Congreso Internacional*

- de la Asociación de Cervantistas. Editado por A. Dotras, J. Manuel Lucía, E. Magro y J. Montero, 87-133. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2008.
- ROMERO MUÑOZ, Carlos. «Introducción». En Miguel de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, 11-101. Madrid: Cátedra, 2016.
- Sagrada Biblia*. Editada por Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1960.
- SÁINZ RODRÍGUEZ, Pedro. *La siembra mística del Cardenal Cisneros [...] Discurso leído el día 10 de junio de 1979, en su recepción como académico*. Madrid: Real Academia Española, 1979.
- SCHEVILL, Rudolph y Adolfo BONILLA Y SAN MARTÍN, eds. *Los trabajos de Persiles y Sigismunda. Obras completas de Miguel de Cervantes*. 2 vols. Madrid: Imprenta de Bernardo Rodríguez, 1914.
- SCHMIDT, Rachel. «La maga Cenotia y el arquero Antonio: el encuentro en clave alegórica en el Persiles». *eHumanista/Cervantes* 2 (2013): 19-35.
- VILANOVA, Antonio. «El peregrino andante en el “Persiles” de Cervantes». *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona* 22 (1949): 97-159.

LOS TRABAJOS
DE PERSILES, Y
SIGISMUNDA, HISTO-
ria Setentrional.

POR MIGUEL DE CERVANTES
Saaucedra.

DIRIGIDO A DON PEDRO FERNÁNDEZ DE
Cajito Conde de Lemos, de Andrade, de Villalva, Marqués de
Sarría, Gentilhombre de la Cámara de su Magestad, Presidente
del Consejo supremo de Italia, Comendador de la
Encomienda de la Zarza, de la Orden
de Alcázar.



Con privilegio. En Madrid. Por luz de la Cufía.
A costa de Juan de Vallaruel mercader de libros en la Platería.

